

Lenguaje *infantil*

Isabel Rivero De Armas





© Isabel Rivero De Armas

© Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2017 (digital)

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010
Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399.

Correos electrónicos

comunicacionesperroyrana@gmail.com
atencionalescritorfepr@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana
Twitter: @perroyranalibro

Diseño de la colección

Aarón Mundo

Edición

Jesús Rodríguez

Corrección

Vanessa Chapman
Francisco Romero

Diagramación

Hernán Rivera

Hecho el Depósito de Ley
Depósito Legal DC2017002263
ISBN: 978-980-14-3920-2



Esta licencia permite la redistribución comercial y no comercial de la obra, siempre y cuando se haga sin modificaciones y en su totalidad, con crédito al creador.

C O L E C C I Ó N **Paulo Freire**

“... el educador ya no es solo el que educa sino aquel que, en tanto educa, es educado a través del diálogo con el educando, quien, al ser educado, también educa. Así, ambos se transforman en sujetos del proceso en que crecen juntos y en el cual los argumentos de la autoridad ya no rigen. Proceso en el que ser funcionalmente autoridad, requiere el estar siendo con las libertades y no contra ellas”

PAULO FREIRE

Ubicándose como parte de los oprimidos, Paulo Freire es, quizás, uno de los pedagogos más irreverentes y revolucionarios de nuestra América. Su propuesta emancipatoria surge desde los cimientos de pueblos que han sido históricamente excluidos y oprimidos por las grandes potencias dominantes. Desde allí, mirándose y mirando a su pueblo, postula que una pedagogía del oprimido —que no así para el oprimido— debe necesariamente surgir desde sus propias vivencias y acervos. La pedagogía del oprimido significa, en resumen, la pedagogía de la emancipación, de la liberación y, por tanto, de la autodeterminación.

En homenaje a su pensamiento y a su praxis, brindamos al público lector la Colección Paulo Freire, dedicada a la publicación de textos del pensamiento pedagógico y didáctico de nuestra América y del mundo. Sus tres series abarcan varias de las tendencias del pensamiento pedagógico y didáctico, mostrándolas en debate y reivindicando así su carácter diverso.

Serie Pensamiento Educativo

Brinda al público lector el debate y disertación de distintas tendencias y escuelas del pensamiento educativo.



Serie Didáctica

Modos y herramientas de la pedagogía son publicados en esta serie dedicada a quienes deseen construir nuevos saberes.

Serie Léxicos

Todo estudio requiere el dominio del vocabulario y sus respectivas etimologías. Diccionarios y demás textos lexicográficos estarán dispuestos en esta serie.

Lenguaje *infantil*

Isabel Rivero De Armas

LENGUAJE INFANTIL

ISABEL RIVERO DE ARMAS

Presentación

En estas páginas reúno la información publicada en algunos artículos relacionados con el área de adquisición del lenguaje infantil, en los que se analiza el proceso complejo por el que atraviesan los niños en el desarrollo de sus habilidades verbales, proceso que se inicia con el llanto, sigue con el balbuceo hasta la aparición de la primera palabra y culmina a la edad de doce años con el dominio de una gramática y una competencia comunicativa similar a la que tiene un adulto, tal como aparece explicado en la primera parte del libro, que he llamado “Adquisición del lenguaje infantil”.

En dicha sección, del mismo modo doy algunos consejos a los papás para que estimulen a sus hijos en el desarrollo de su lenguaje, tomando en cuenta tanto la edad del niño como la necesidad comunicativa del momento.

Asimismo, en una segunda parte de este libro que he denominado “Habilidades narrativas de niños en edad escolar”, reflexiono sobre las habilidades narrativas de los infantes en esta etapa; de las ventajas que ofrece la práctica de la narración y sobre cómo hacer que los chicos mejoren su capacidad de contar historias.

Igualmente, en un tercer capítulo llamado “El proceso de la enseñanza y del aprendizaje de la lectura”, se presentan unos textos que versan sobre el proceso de la lectura. En gran medida, las competencias de lectura y escritura dependen de los estímulos que reciban los pequeños como del conocimiento que tengan las personas cercanas a los niños sobre cómo hacer que estas actividades, que comienzan mucho antes de la escuela, sean atractivas para los chamos.

Seguidamente, en un cuarto capítulo titulado “Problemas del desarrollo del lenguaje que influyen en el aprendizaje de los niños” aparecen artículos sobre algunos trastornos —como la dislexia y la hiperactividad— que afectan tanto el desarrollo del lenguaje como el proceso de aprendizaje de los chicos; acá también me refiero a las actitudes negativas de los padres que influyen en el comportamiento de los infantes, para, finalmente, tocar el tema de los abusos que los padres cometen cuando por disciplina, por ejemplo, castigan a sus hijos ocasionándoles daños tanto físicos como psicológicos por los maltratos que les ocasionan.

Finalmente, espero que la información que ofrecen las siguientes páginas resulte de gran ayuda a los padres y a los maestros en el desarrollo de habilidades en los niños, que por naturaleza cuentan con un gran potencial que, con unas cuantas estrategias, no tardará en manifestárseles para positivamente sorprender a quienes tienen en sus manos la hermosa tarea de educarlos.

Isabel Rivero De Armas

Nota editorial

Los siguientes artículos fueron publicados por la autora en diarios de circulación nacional tales como la revista *Fascinación* del diario 2001, *Últimas Noticias* (2002) y *La Voz* de Guarenas desde el año 2004 al 2009.

Primera parte:
Adquisición del lenguaje
infantil

1. ¿Por qué los bebés lloran?

Cuando el bebé acaba de nacer se comunica a través del llanto para manifestar sus necesidades neurofisiológicas. Aunque en el rostro del pequeño aparece a las seis semanas, la sonrisa que expresa agrado se produce a partir de las doce semanas.

Asimismo, a partir de los tres meses, el bebé busca comunicarse volteando la cabecita en el momento en que le hablan y da muestras, de esa manera, del instinto primario que tiene de relacionarse con su entorno. Estas formas de comunicación son muestras de ese lenguaje no verbal, prelingüístico, que desde el nacimiento del p r vulo comienza a hacerse presente.

Como el llanto es el modo de comunicarse más importante que tiene el bebé para expresar sus necesidades de tipo neurofisiológico, una vez que se aprende a reconocerlo se puede diagnosticar desde problemas futuros del lenguaje hasta una patología severa.

Importancia del llanto

El llanto es tan importante que durante el primer año de vida es señal de la salud con que cuenta el niño, símbolo de su vigor, de tal forma que sirve de referencia para que el pediatra pueda diagnosticar mediante el mismo algún tipo de enfermedad o trastorno que afecte al p r vulo, inclusive la asfixia.

 C mo reconocer el llanto?

Entre más sonoro sea el llanto, posea una melodía de ascendente a descendente, est  más saludable el bebé. En cambio, cuando hay un mayor tono y el tipo de melodía cambia a variadas formas

haciendo la frecuencia inestable, el niño puede presentar, por ejemplo, una deficiencia de oxígeno o algún daño cerebral.

A medida que la madre se va familiarizando con su rol, podrá ir descifrando las claves del llanto, interpretando su significado para saber, por ejemplo, si el niño llora porque tiene hambre, sueño, pánico, etc.

Las causas más comunes del llanto

Una de las causas más comunes por las que el niño llora es el hambre. Si, por ejemplo, el bebé se adelanta a las comidas, significa que se quedó hambriento la vez anterior cuando se le alimentó.

En segundo lugar, está dentro del orden de las causas que motivan el llanto si el muchachito se siente incómodo, ya sea porque tiene frío, debido a que no se encuentra bien abrigado o, por el contrario, siente calor, o porque presenta fiebre, o está húmedo, puesto que el pañal está mojado.

Es importante saber que durante las primeras semanas de vida es aconsejable no dejar al niño sin ropa debido a la tendencia de los pequeñitos a tener frío. De todas maneras, hay que comprobar en la nuca cómo está su temperatura. La misma será una especie de termómetro.

Por esa tendencia a la frialdad, se mantiene a los bebés bien abrigados, con sus gorros, guantes y mantas.

Cuando se lava al pequeño, se deberá hacerlo por partes, como aconsejan algunos pediatras, para evitar que sientan la incómoda frialdad.

Otras posibles causas del llanto son la necesidad de contacto físico, la reacción ante fuertes ruidos, gases o cólicos. Los bebés con cólicos lloran casi todas las noches, usualmente entre las seis de la tarde y la medianoche. Pueden hacer muecas de dolor, subir las rodillas hacia su abdomen o soltar gases. La causa del cólico es desconocida. Los bebitos con cólicos usualmente comen bien y ganan peso normalmente.

¿Cómo calmar el llanto del niño?

Del primer mes de vida al cuarto, para calmar al bebé es aconsejable: colocarle música, porque se tranquiliza al escuchar sonidos de fondo; tomarlo en brazos, hablarle o pasearlo en su propio auto debido a que el movimiento lo armoniza; y por último, darle un masaje; así como es relajante para el adulto, también es un gran método para consolar al bebé.

En especial, la acción de acunar o de mecer al niño resulta muy positiva, ya que el movimiento del vaivén estimula los huesecillos del oído y desencadena así un mecanismo reflejo a través del cual las paredes de los intestinos del bebé se relajan.

El sabio instinto materno

La naturaleza es sabia. Prueba de esto es que las madres primerizas gozan de un instinto natural que les permite cuidar bien a sus bebés. Lo más curioso del asunto es que cuando nos adentramos en algunas conductas de las mamás, nos damos cuenta de que tales comportamientos tienen una explicación científica, tal como en los momentos en que llora el bebé y lo movemos para tranquilizarlo, o cuando tratamos de mantener siempre abrigado al recién nacido para evitar que sienta un frío que pueda crearle malestar.

2. Hablando con mi bebé

La habilidad para conversar no es algo —como muchos padres piensan— que se deba a la genética. Depende, en gran medida, de la estimulación que los papás ofrezcan a sus bebés. Les hablaré de lo que pasa a partir de los ocho o nueve meses de vida del niño y hasta casi los tres años de edad. En esta etapa, los pequeños obtienen importantes logros sociales. Empiezan a desarrollar conductas con fines e intenciones. Adquieren progresivamente, de manera rudimentaria, conciencia de su rol de hablante y oyente, hasta que han completado esa adquisición hacia los tres años de edad. Sacar provecho de esas conductas dependerá de la estimulación —que se traduce en apoyo social— que ustedes, padres, brinden en esta etapa de adquisición temprana del lenguaje, a sus chamos.

Los logros a los que me refiero se centran en un proceso de tres pasos. Estos son etiquetar las cosas (aquello que rueda es un “carro”); capacidad de relacionarse con el entorno, con las personas que están a su alrededor (“dile adiós a la señora”) y aprender las primeras bases de lo que será, en un futuro, una conversación (dice la mamá: “¿qué comes? ¿Es una galleta? Dame de eso,” y el niño le da un pedazo).

El primer paso —colocar las denominadas *etiquetas*— consiste en denominar los objetos. Estos cobran vida a través de la magia de las palabras. El etiquetaje constituye una forma de comunicación que reemplaza lo que sería un verdadero diálogo con el nené. Aquí los bebés descubren que las cosas tienen nombre. He aquí el papel de la madre, que se centra en enseñar al niño cómo se llaman los

objetos: “aquella es tu sonaja favorita”, “ese es tu osito”, “él está en la cuna”, y el reconocimiento: “saluda a la abuelita”.

Esta etapa consiste además en el aprendizaje de que un nombre puede servir para designar varias cosas, o una clase de objetos (un juguete puede ser un carrito, un peluche o un muñeco). Este período consiste, finalmente, en el aprendizaje de que el significado de las cosas es compartido, conocido por todos.

El segundo paso —la capacidad de relacionarse con el entorno, con los objetos y las personas cercanas— se desarrolla mediante prácticas tales como la utilización de objetos llamativos para atraer la atención del bebé, la coordinación de estos objetos (golpear un taco de madera con otro), el uso de juegos con figuritas geométricas que se van encajando en una base, y la coordinación de personas: reconocer a la mamá en presencia de un extraño.

El tercer paso —el inicio del diálogo rudimentario— consiste en el aprendizaje de que existe una reciprocidad, o sea, una conciencia de que las personas, a diferencia de los objetos, tienen actuaciones independientes y que la palabra ejerce una influencia en el comportamiento de estas.

Consiste, asimismo, en la asimilación de la existencia de papeles cambiantes, lo cual se manifiesta mediante los turnos: la adquisición de formatos, sencillos, repetitivos, en que la madre estimula al niño a participar: ella hace algo para él, y este para ella, y se crea así un intercambio de roles.

Un ejemplo de actividades para desarrollar al máximo las habilidades en esta etapa sería el juego de *toma-dame*, como señalan los especialistas. Aquí el lenguaje no verbal, mediante gestos y señas, tiene una importancia crucial y el estímulo del mismo dará inicio al lenguaje verbal. En el juego de *toma-dame*, al principio, los bebés son solo receptores.

Es a partir de los diez meses de edad cuando muestran el objeto y, posteriormente, son capaces de ofrecerlo. En esta etapa, al final del primer año, se aprende, además, que existe una intencionalidad

como, por ejemplo, señalar objetos y personas por las que se siente agrado o desagrado.

A los dos años y medio, el niño ya se vale del lenguaje verbal para comunicar sensaciones y percepciones. Estamos hablando de conversaciones tal como las conocemos, en que el niño respeta el intercambio de turnos y comienza a tener conocimiento del efecto de la palabra en el entorno que lo rodea.

De la estimulación de los padres dependerá que, a mediano y largo plazo, sus pequeñines aprendan, al ritmo apropiado según su edad, sus primeras palabras y se percaten del efecto de las mismas en sus semejantes. Así, sus hijos manifestarán, el día de mañana, sus ideas, sentimientos e impresiones con la desenvoltura y libertad que los demás esperan de ellos.

3. El blablablá de los bebés

Aparte de que muy probablemente influya en el carácter del individuo la mayor o menor habilidad para conversar, esta dependerá muchísimo de la estimulación que los papás ofrezcan a sus bebés.

En el primer y segundo año de vida, los pequeños obtienen importantes logros sociales porque empiezan a desarrollar conductas con fines e intenciones que van más allá de satisfacer sus necesidades físicas, como las alimenticias o las de sueño.

De manera rudimentaria, progresivamente, los bebés van adquiriendo conciencia de sus roles tanto el de hablante como con el oyente. Entonces, sacar provecho de esa adquisición comunicativa dependerá de la estimulación: esta se traduce en el apoyo social que —en esta etapa de adquisición temprana del lenguaje— los padres les puedan brindar a sus chamos.

Uno, dos y tres

Los logros de la mencionada edad se pueden simplificar en un proceso de tres pasos, tales como: 1) etiquetar o colocar un nombre que generalice las cosas (aquello que rueda es un “carro”); 2) capacidad de relacionarse con el entorno, en especial, con las personas que están a su alrededor (“dile adiós a la señora”); y 3) aprender las primeras bases de lo que será, en un futuro mediano, una conversación (dice la mamá: “¿qué comes?, ¿es una galleta? Dame de eso”, y el niño le da un pedazo).

El primer paso de poner las llamadas *etiquetas* radica en denominar los objetos. Mediante esa denominación, los mismos cobran vida a través de la magia de las palabras. El etiquetaje constituye una

forma de comunicación que reemplaza lo que sería un verdadero diálogo con el nené. Aquí, los bebés descubren que las cosas tienen nombre. Esta etapa consiste también en el aprendizaje de que un nombre puede servir para designar varias cosas o una clase de objetos (un juguete puede ser un carrito, un peluche o un muñeco). Este período consiste, finalmente, en el aprendizaje de que el significado de las cosas es compartido: conocido por todos.

El segundo paso, o la capacidad de relacionarse con el entorno, con los objetos y las personas cercanas se desarrolla mediante prácticas tales como: la utilización de objetos llamativos para captar la atención del bebé, la coordinación de estos objetos (“golpear un taco de madera con otro”), el uso de juegos de figuritas geométricas —que se van encajando en una base— y la coordinación de personas: reconocer a la mamá en presencia de un extraño.

El tercer paso del inicio del diálogo rudimentario trata sobre el aprendizaje de que existe una reciprocidad, es decir, una conciencia de que las personas, a diferencia de los objetos, tienen actuaciones independientes, y que la palabra ejerce una influencia en el comportamiento de estas. En esta etapa, al final del primer año, se aprende, además, que existe una intencionalidad.

¿Cómo estimular al bebé?

En la etapa de etiquetaje, el papel de la madre consiste en enseñar al niño cómo se llaman los objetos: “aquella es tu sonaja favorita”; “ese es tu osito”; “él está en la cuna”, y el reconocimiento: “saluda a la abuelita”. La mamá debe estar atenta dónde el pequeño posa su atención para satisfacer la demanda de este, y darle al niño la información que necesita en el momento oportuno.

En lo que se refiere a una tercera etapa del proceso, para hacer que los niños asimilen la existencia de papeles cambiantes —manifestados mediante los turnos o de la adquisición de formatos, sencillos, repetitivos— la madre deberá estimular al niño a participar:

ella hace algo para él, y este para ella, y se crea así un intercambio de roles, como se da en el juego de *toma-dame*.

En el juego de *toma-dame*, al principio, los bebés actúan como receptores. A partir de los diez meses de edad, los chamos muestran el objeto y, posteriormente, son capaces de ofrecerlo. También es bueno saber que el lenguaje no verbal, que se da mediante gestos y señas, tiene una importancia crucial y su estímulo dará inicio al lenguaje verbal.

¿Cuán bueno es estimular al bebé?

De la estimulación de los padres dependerá que –a mediano y largo plazo– al ritmo apropiado, según su edad, sus pequeñines aprendan sus primeras palabras y se percaten del efecto de las mismas en sus semejantes. Así, manifestarán el día de mañana sus ideas, sentimientos e impresiones con la desenvoltura y libertad que los demás esperan de ellos.

4. Antes de la primera palabra

A veces, muchas mamás no saben todavía cuán importante es prestar la debida atención a los pequeños en los primeros meses de existencia. Una forma de hacerlo es a través de los ruidos sin sentido que emitimos los adultos para captar la atención de los bebés. Con este comportamiento, que hasta parece tonto, aunque ustedes no lo crean, se favorece el desarrollo del lenguaje del niño, como también su evolución intelectual.

Aquellos papás y mamás que, por ejemplo, hacen de payaso, sacan la lengua y se colocan las manos en la cara, a la par de que emiten ruidos, no tienen idea de lo mucho que están ayudando al infante en lo relativo al estímulo de sus capacidades lingüísticas.

Por consiguiente, las palabras cantadas favorecen el desarrollo cognitivo (intelectual) y, por supuesto, el desarrollo del lenguaje también. Asimismo, tocar a los pequeños, acariciándolos y sonriéndoles, aparte de ser importante en el desarrollo emocional, lo es en el aspecto intelectual y en el lingüístico. Equivalente a esto, cuando se les pregunta algo a los bebés y se hace una pausa en señal de que se espera una respuesta, se les está enseñando que la conversación se da por turnos. Entonces, esa pausa corresponde al turno de él, intervención que, en un futuro próximo, realizará el niño.

En cada etapa, el bebé va haciendo algo nuevo. Los bebés desde los dos meses de edad tienen conversaciones rudimentarias con la madre: ella dice algo a su hijo y este responde haciendo ruidos o moviendo sus manitas.

Etapas previas a la primera palabra

A los dos meses, los bebés empiezan a emitir sonidos que están condicionados por necesidades físicas como el hambre y el sueño. A los seis meses, hacen un canturreo que se asemeja a los sonidos consonánticos o vocálicos, pero sin llegar a serlos todavía.

Aproximadamente, a los siete meses, los bebés comienzan a balbucear, es decir, a producir las primeras emisiones silábicas, que primero aparecen aisladas y luego se presentan como series, tales como mamá, papá, baba y tata. Entre el primer año de vida y los dieciocho meses, el niño dice su primera palabra, tan esperada y ansiada por los padres.

Estableciendo tres contactos con el bebé en sus primeros meses de vida

Contacto visual y auditivo. Consiste en ciertas preferencias. Las mismas dan al niño tanto la posibilidad de buscar algo de orientación como de responder a los halagos que le hacen las otras personas. A los niños les llama mucho la atención los rostros; les gusta bastante cuando les sonríen. Y cuando los miran los hacen sentir importantes. Estas manifestaciones de afecto los ayudan en su evolución.

En el momento en que algo le llama la atención y posa sus ojos ahí, aprovechen ese instante para distraerlo, mostrándole sus objetos favoritos. Pueden darle, por ejemplo, esa sonaja que le regaló su tía. El interés que demuestren los papás por las cosas que el bebé observa, a la larga, le permitirá a este establecer fácilmente contacto con los demás y mantener exitosamente conversaciones con los adultos.

Contacto físico. Los bebés disfrutan cuando los abrazan, los acarician y juegan con sus manitas. Esto los hace sentir confortables, seguros y queridos. Así fortalecemos el vínculo madre e hijo.

Ciclos. Tales como cuando se alimenta al bebé, se le duerme y se le despierta. Los bebés se expresan a través del llanto, el cual, en un futuro inmediato, será sustituido por la palabra.

La estimulación, la debida atención y el afecto son sumamente importantes en el desarrollo del lenguaje del niño. También son cruciales en el modo como los niños van a relacionarse, en etapas posteriores, con los otros niños y, luego, con los adultos. Al año, vendrán las esperadas palabras; y a los tres, la narración de historias, la cual, a medida que pasa el tiempo, se hará más compleja y sofisticada.

5. Después de la primera palabra

La habilidad para conversar depende, en gran medida, de la estimulación que los papás ofrezcan a sus bebés. Dicha estimulación comienza desde el vientre materno. Como ya se habló antes de la primera palabra en el artículo anterior, ahora lo haré a partir de los ocho o nueve meses de vida del niño. En esta etapa, los pequeños obtienen importantes logros. Ellos empiezan a desarrollar conductas con fines e intenciones. Adquieren progresivamente, de manera rudimentaria, conciencia de su rol de hablante y oyente, hasta que completan esa conciencia, por llamarla de alguna forma, hacia los tres años de edad. Sacar provecho de esas conductas dependerá de la estimulación, que se traduce en el apoyo que los papás brinden a sus hijos en esta etapa de adquisición temprana del lenguaje

Los logros en la mencionada etapa se centran en un proceso de tres pasos. Estos son: etiquetar las cosas (aquello que rueda es un “carro”), es decir, el niño utiliza la misma palabra de forma “sobreextendida”, también llamada ampliada, en virtud de que no conoce el significado completo de las voces cuando comienza a usarlas, sino solo uno o algunos sentidos, como quien llama “perro” a todo animal que tiene cuatro patas; la capacidad de relacionarse con el entorno, con las personas que están a su alrededor (“dile adiós a la señora”); y por último, aprender las primeras bases de lo que será, en un futuro, una conversación (dice la mamá: “¿qué comes? ¿Es una galleta? Dame de eso”, y el niño le da un pedazo de galleta en señal de su participación en una conversación).

Pasos importantes después de la primera palabra

Poner las llamadas etiquetas. Radica en denominar los objetos. Estos cobran vida a través de la magia de las palabras. El etiquetaje constituye una forma de comunicación que reemplaza lo que sería un verdadero diálogo. Aquí los bebés descubren que las cosas tienen nombre. Esta etapa consiste también en el aprendizaje de que un nombre puede servir para designar varias cosas, o una clase de objetos (un juguete puede ser un carro, un peluche o un muñeco).

Antes de aprender el lenguaje, el niño forma conceptos en torno a la utilidad de cada objeto (las muñecas sirven para jugar, las ropas para vestirse) y las acciones que realizan (los animales se mueven, las personas hablan). El papel de la madre se centra entonces en enseñar al niño cómo se llaman los objetos: “aquella es tu sonaja favorita” o “ese es tu oso”. Se centra también en el reconocimiento: “saluda a la abuelita”. Este período consiste, en general, en el aprendizaje de que el significado de las cosas es compartido, conocido por todos, y en eso radica la comunicación.

La capacidad de relacionarse con el entorno, con los objetos y las personas cercanas. Se desarrolla mediante prácticas tales como: la utilización de objetos llamativos para despertar la atención del bebé; la coordinación de estos objetos (“golpear un taco de madera con otro”); el uso de juegos didácticos, como el de figuritas geométricas que se van encajando en una base; y la coordinación de personas: reconocer a la mamá en presencia de un extraño.

El diálogo rudimentario. Consiste en el aprendizaje de que existe una reciprocidad, o sea, una conciencia de que las personas, a diferencia de los objetos, tienen actuaciones independientes, y que la palabra ejerce una influencia en el comportamiento de las mismas.

Consiste, asimismo, en la asimilación de la existencia de papeles cambiantes, lo cual se manifiesta mediante los turnos: la adquisición de formatos, sencillos, repetitivos, en que la madre estimula al niño a participar: ella hace algo para él, y este para ella, y se crea así un intercambio de roles. Un ejemplo de actividades para desarrollar al

máximo las habilidades en esta etapa sería el conocido juego de *toma-dame*. Aquí el lenguaje no verbal, mediante gestos y señas, tiene una importancia crucial y el estímulo del mismo dará inicio al lenguaje verbal.

En el juego de *toma-dame*, al principio, los bebés son solo receptores. Es a partir de los diez meses de edad aproximadamente cuando muestran el objeto y posteriormente son capaces de ofrecerlo. En esta etapa, al final del primer año, se aprende, además, que existe una intencionalidad como, por ejemplo, para señalar objetos y personas por las que se siente agrado o desagrado.

A los dos años y medio, el niño ya se vale del lenguaje verbal para comunicar sensaciones y percepciones. Estamos hablando de conversaciones tal como las conocemos en las que el niño respeta el intercambio de turnos y comienza a tener conocimiento del efecto de la palabra en el entorno que lo rodea.

De cuánto se estimule al bebé dependerá que él aprenda, a un ritmo apropiado según su edad, sus primeras palabras y se percate del efecto de las mismas en sus semejantes.

6. De los siete a los doce meses de vida

La palabra es un don bendito y glorioso que permite establecer contacto con los seres queridos y con el mundo circundante. Gracias a este don, comparable solo con el poder del rey Midas, se puede transformar el entorno para bien. Por eso una de las tareas que me he propuesto a través de este espacio es poner al alcance de los padres o de las personas encargadas de la educación de los chicos los consejos necesarios para la estimulación del lenguaje.

¿Por qué los padres deben conocer sobre el desarrollo del lenguaje de sus hijos?

Existen tres razones de por qué es importante que los padres conozcan el lenguaje infantil. La primera: el habla es uno de los indicadores del desarrollo integral del niño. La segunda: sirve para detectar las dificultades que puedan aparecer en el proceso de adquisición del lenguaje. La tercera: permite determinar trastornos más delicados como, por ejemplo, el autismo. De ahí que mientras más rápido se identifique cualquier aspecto que no esté en orden, una vez que los padres soliciten la ayuda profesional y le sea asignado al pequeño el tratamiento adecuado, el pronóstico sin duda será mejor.

El lenguaje de los pequeños de siete a doce meses

En líneas generales, los niños emiten sonidos bisílabos a los siete meses, como —ba, —da, —ma y —pa. A los ocho meses el chamo empieza a incrementar el repertorio silábico y convierte el balbuceo en una especie de jerga, lo que se conoce propiamente como el

lenguaje de los bebés. Alrededor de los nueve meses los bebés comprenden órdenes sencillas. A los doce meses, conocen partes del cuerpo. Y al año pronuncian la primera palabra que generalmente es “mamá”, cuya pronunciación conlleva varios significados como “mamá, mira”, “mamá, lleva”, “mamá, viene” y “mamá, ¿dónde estás?”.

En este período que va de los siete meses en adelante, el bebé adquiere el repertorio silábico que consiste en la producción de todos los sonidos que puede emitir la voz humana. Consiste también en la capacidad de enlazar sílabas formadas por vocales abiertas (a, e, o) con consonantes como p, b, d o sonidos nasales (m, n), originando sílabas como ba, da, ma y pa.

Después de la adquisición del repertorio silábico, el niño completa el ciclo del aprendizaje de las llamadas pseudopalabras, compuestas por varias sílabas unificadas, reproduciendo la estructura sonora de la palabra o enunciando solo el esquema silábico de esta, y sin intento alguno de aproximación al sonido real (“nanana” por “medicina”).

Igualmente, en este momento, el lenguaje no verbal, mediante gestos y señas, tiene una importancia crucial y el estímulo del mismo dará inicio al esperado lenguaje verbal.

Tipos de balbuceos a esta edad

El balbuceo, es decir, la manifestación de sonidos que los adultos perciben como emisiones silábicas, se divide en dos etapas o se presenta de dos maneras.

La primera es el balbuceo *reduplicativo* que se da desde el sexto mes hasta el noveno. El niño forma cadenas silábicas (consonante-vocal) reiteradas y largas.

La segunda es el balbuceo *no reduplicativo* que va desde el noveno mes hasta la aparición de las primeras palabras. Junto a las sílabas (consonante-vocal), se registran cadenas más cortas, pero con otras estructuras silábicas (vocal-consonante, vocal, consonante-consonante-vocal, etc.), que obedecen al uso del contexto

o que responden a la situación comunicativa, por ejemplo, el bebé mira al adulto en búsqueda del nombre del objeto que tiene cerca y una vez que escucha cómo se llama intenta pronunciar su nombre.

Algunas posibles causas de problemas del desarrollo del lenguaje

Si existe un retardo en las etapas iniciales de adquisición del lenguaje en la vida de los pequeños, en situaciones menos graves, se debe a factores como la pobre estimulación, poca socialización o circunstancias en que los chicos se ven obligados a aprender por lo menos dos lenguas, como es el caso de niños de origen hispano que viven en zonas de Estados Unidos donde se habla solo inglés.

El momento que va de los siete a los doce meses representa un paso trascendental en el desarrollo del lenguaje del pequeño. Por ello los papás o las personas que los cuidan deben estar conscientes de esto para poder estimularlos de manera oportuna logrando así que el niño llegue de exitosamente a otros momentos igual de importantes en el proceso de adquirir su lenguaje.

7. Entre los dos y tres años de edad

El desarrollo del lenguaje infantil se da por etapas o momentos claves como bien sabemos. Cada momento está representado por importantes cambios. Uno de esos momentos es cuando el niño está entre los dos y los tres años de edad.

El pequeño entre los dos y los tres años incrementa su vocabulario. Dicho vocabulario, sobre todo en este momento de exploración, va en aumento, tanto que cada dos horas, aproximadamente, el niño aprende una nueva palabra. El desarrollo del lenguaje es progresivo y es resultado de la superación de ciclos anteriores. Dicha superación le permitirá al niño pasar de uno a otro nivel.

En momentos anteriores, el bebé ha cerrado ciclos en el desarrollo de su lenguaje. Ya adquirió, por ejemplo, el repertorio silábico que consiste en la producción de todos los sonidos que puede emitir la voz humana. Consiste también en la capacidad de enlazar sílabas formadas por vocales abiertas (a, e, o) y consonantes explosivas (p, b, d) o consonantes nasales (m, n), originando los sonidos: ba, da, ma y pa.

Asimismo, el bebé después de la adquisición del repertorio silábico, ha cerrado el ciclo del aprendizaje de las llamadas pseudopalabras, compuestas por varias sílabas unificadas, reproduciendo la estructura sonora de la palabra o enunciando solo el esquema silábico de esta, y sin intento alguno de aproximación al sonido real, por ejemplo: “nanana” por “medicina”.

A los dos años, el bebé ya cerró, igualmente, el ciclo de pronunciar palabras onomatopéyicas. Estas palabras son resultado de la combinación particular de sonidos que, aunque ya tienen algún tipo

de significado porque expresan deseos e intenciones, todavía no se pueden considerar palabras del todo como, por ejemplo, el “tiquiti-qui” para imitar el andar de un payaso y “ñau” que indica la aparición de un gato.

La pronunciación de palabras onomatopéyicas da pie a la emisión de voces más complejas como las que aparecen a los dos años de edad, una vez que el chamo ha perfeccionado sus habilidades cognitivas.

A los dos años, entonces, las palabras se aprenden como tales, lo que significa que cada voz empieza a tener sentido para el niño. Este incremento le permite designar con facilidad los objetos que forman parte de su entorno.

Ya a los dos años ha aparecido la sintaxis, la adquisición de oraciones. Al principio, dos palabras forman una frase. Y hasta con una palabra él puede formar una oración, que es equivalente en el habla adulta a toda una frase. Estas frases, al carecer de preposiciones y de conjunciones, son rudimentarias y forman parte de lo que se llama el “habla telegráfica”, por su capacidad de síntesis.

A los tres años de edad, los artículos, las conjunciones, preposiciones y demás palabras comienzan a hacerse presentes en las oraciones del niño. A través de tales oraciones, él expresa y controla sus necesidades corporales. Al igual que comienza también la emisión de diferentes tipos de oraciones; entre ellas se incluyen las interrogativas. En sus oraciones, a pesar de la aparición de toda una gramática, en que diferentes categorías de palabras, como sustantivos, pronombres, verbos y artículos salen a relucir, el niño aún no domina el lenguaje. Por ello, solo una o dos frases de cada cincuenta pueden considerarse oraciones completas. Esto se debe a que, aunque ha logrado aprender los mecanismos lingüísticos, le queda aún un largo camino por recorrer. Esos mecanismos, de manera gradual, se complementan a los diez o los doce años de edad.

Otra vez el papel de los padres es fundamental en el desarrollo del lenguaje de los pequeños. Cada cierre de ciclo abre el espacio

para el aprendizaje de una nueva habilidad lingüística que le permitirá al niño desenvolverse mejor en el hogar y en la escuela. Cada cierre de ciclo dependerá entonces de cuán efectivo sea el incentivo de los papás a la hora de enseñar a los pequeños las primeras herramientas, para que, de esta manera, estos puedan comunicarse exitosamente en todos los espacios donde les tocará participar.

8. Trencitos de palabras

Hasta no hace mucho se pensaba que las niñas, mucho más que los varones, poseían habilidades comunicativas que facilitaban el desarrollo de su lenguaje. Sin embargo, recientes estudios demuestran que lo anterior no es cierto, o por lo menos no del todo, ya que —a partir del primer año de vida— los niños sin distingo de género sexual dicen la primera palabra como a los diez meses de edad.

Luego del primer año de vida, articulan dos palabras que equivalen a una oración, y hasta una sola palabra puede equivaler a una frase después de haber transcurrido los doce meses de vida.

¿Qué clase de palabras dicen los chamos?

A medida que la edad aumenta el número de palabras también va en aumento. Igualmente, las oraciones se van haciendo más complejas a medida que el chamo es más grande. Entre el primer y el segundo año, el promedio de palabras es dos. A los dos años y medio, el número de voces por oración es de tres. A los tres años, cuatro o cinco se harán presentes. A los cinco años, de cinco en adelante se pueden escuchar en boca del chamo.

Entonces, la edad del niño es bien relevante en el aumento de voces en una frase. Igual de importante es el ambiente familiar y escolar como también el círculo de amistades donde se desenvuelve el niño. Por consiguiente, la interacción de la que forma parte el párvulo, y hasta el grado de instrucción de la madre, juegan un papel fundamental.

En el año número dos del chamo, las palabras emitidas son sustantivos o las llamadas nominales, que son aquellas que se utilizan

para referirse a objetos; para nada usan aquellas que sirven de enlace, como las conjunciones y las preposiciones. A los tres, los artículos comienzan a escucharse en las voces de los niños, y del mismo modo los sufijos. A los tres años se da un cambio curioso: aparecen los verbos en concordancia con los sujetos.

¿Cómo estimular al niño a que hable más?

La manera de enriquecer el vocabulario del niño es a través de la conversación cotidiana, ya que mediante la práctica de esta él logrará: adquisición de nuevas palabras gracias a la influencia de su interlocutor; corrección de la pronunciación de las mismas; lugar de las frases en función, tanto de la coherencia como de la organización del discurso, para facilitar la comprensión y aprender a transmitir sus ideas y sus sentimientos.

Importancia de la etapa escolar

Cuando se inicia la escolarización es cuando mejor se puede detectar los problemas de comunicación, que se deben diferenciar de ciertas manifestaciones propias del desarrollo madurativo que están en relación con la edad del niño, como la mencionada sobre el aumento de las voces en la oración en la medida que la edad aumenta.

Por este motivo, se hace necesaria una evaluación para detectar si hay o no un problema lingüístico y valorarlo para lo que se puede tomar como referencia una vez que se catalogue como propio o no de la edad, siempre de forma flexible, como parte del desarrollo del lenguaje, en sus diferentes etapas evolutivas.

9. Un sol que alumbra nuestro hogar¹

El desarrollo del lenguaje es un proceso que dura toda la vida. Se inicia desde que intentamos pronunciar la primera palabra —gracias a un don bendito y supremo— hasta el final de nuestras vidas. No obstante, cuando hablamos de lenguaje infantil, este proceso dura aproximadamente hasta los doce años. A esta edad los pre-adolescentes ya pueden hablar de manera similar a como lo hace un adulto que ha tenido una evolución normal. Se entiende por normal el aprendizaje del manejo adecuado del lenguaje de acuerdo con las intenciones de quien habla, siempre y cuando los mayores realicen un uso constructivo de este instrumento preciado.

A los seis años de edad, se cierra un ciclo importante en la adquisición del lenguaje de los niños. Es importante que los padres sepan esto para que puedan sacar el mejor provecho de las habilidades potenciales del pequeño en esta edad, y estén en capacidad de estimularlo a madurar sus destrezas comunicativas en el menor tiempo posible. Por ello, dirijo las siguientes palabras a los padres o a las personas cercanas al niño, como el maestro, para que en esta fecha significativa, el Día del Niño, se sientan motivados a educar a los chamos más allá de los patrones convencionales que impone la enseñanza tradicional.

A los seis años, los pequeños son capaces de equiparar dos habilidades esenciales: comprender y hablar. Esto antes de los seis no ocurre así. Ellos pueden captar con muchísima claridad lo que pasa a su alrededor: cuando los padres tienen problemas afectivos o de

¹ Los ejemplos dados en este artículo sobre el lenguaje infantil son extraídos de la obra *Estudios sobre el habla infantil en los años escolares* de Rebeca Barriga de Villanueva.

otro tipo que los puedan involucrar de manera directa. Sin embargo, no es hasta que llegan a la edad de seis años cuando son capaces de emitir frases simples que, progresivamente, se harán más complejas en la medida en que van cumpliendo más edad.

Igualmente, los chamos irán tanto procesando los sentidos más abstractos de las palabras ya conocidas como adquiriendo otros significados de las mismas. Esto es debido a la enseñanza escolar.

Si menciono la facultad de construir frases más complejas, justo cuando tienen mayor edad, me refiero a que los chamos ya han aprendido una gramática básica, la cual se irá diversificando, por decirlo de alguna manera. No obstante, no han aprendido a sacar provecho de todas las ventajas que ofrece este conocimiento. Ellos, con el tiempo, van desarrollando ese bagaje elemental. Luego tendrán la facultad de ir adquiriendo, paulatinamente, otras destrezas comunicativas de tipo gramatical más complicadas. Un ejemplo de esto es el uso de los conectores (“pero” y “porque”). A los seis años, por lo general, no han procesado el significado adversativo o de oposición de la conjunción “pero” (“quería abrir la puerta *pero* no podía”). Usan el *pero*, más que todo, como un adverbio de intensidad, es decir, equivale a “muy” (“los niños de quinto grado bailan *pero* bien bonito” o “las maestras lo regañan *pero* bien feo”).

En cuanto al “porque”, no han adquirido el valor justificativo, explicativo o de causa de este conector (“quiero estudiar psicología *porque* [ya que, pues] me gustan mucho los niños”), sino un valor superficial de esta partícula, por ejemplo: “todos fuimos *porque* nos llamaron por el teléfono”.

En relación con el vocabulario, a esta edad, los pequeños conocen bastantes palabras, pero no entienden todos los significados de las mismas. Tal es el caso del adjetivo “grande”. A los seis, lo interpretan de manera literal (“la pelota es grande”). Es decir, “grande” equivale a tamaño o estatura; después, a mayor edad, “grande” se asocia con el sentido metafórico, figurado, de dimensión psicológica de

una persona de “desarrollo de carácter” o de “grandeza de ánimo, sentimientos y acciones” (“papá es grande”).

Solo me queda decirles a los padres y a los maestros —como también a la persona que pasa mucho tiempo con nuestros hijos— lo significativo que es enseñar a los chamos el poder que les otorga la palabra. Los niños realizan un milagro cada vez que emplean el verbo en su entorno con fines positivos.

A medida que ellos van conociendo cómo utilizar su lenguaje, van creando una atmósfera ideal para su desarrollo integral. Saber comunicarse representa entonces la herramienta más valiosa que existe para desenvolverse con éxito en la sociedad. Eso hay que inculcarlo a los hijos, los soles que alumbran nuestro hogar.

10. Conversando con el consentido del hogar

Una vez escuché decir a una compañera de estudio esto: “Si una persona tiene un niño a su lado es en esencia un ser feliz”. Yo comparto esa forma de pensar. Y aseguro que ustedes también la comparten. Pues bien, esa felicidad que da el hecho de ser padres nos compromete con el aprendizaje de la primera lengua de nuestros hijos, en el caso que nos concierne, el español.

Hablaré entonces del proceso que atañe al desarrollo del lenguaje de los pequeños. Enfatizaré en que los padres deben enseñar a los chamos a tener conciencia del don creador, bendito y glorioso de establecer contacto con los seres queridos y con el mundo circundante. Este don de transformar el entorno a través de la palabra solo es comparable con el poder del rey Midas. Según la leyenda, este rey todo lo que tocaba lo convertía en oro.

Cuando hablo del lenguaje infantil me refiero a las etapas que van desde ese intento de pronunciar los primeros sonidos (el balbuceo) hasta los doce años cuando ellos ya han culminado, en cierta forma, el proceso de adquisición de su lengua materna. En este momento, los chamos ya pueden conversar, de manera similar, a como lo hace un adulto. Digo que, en cierta forma, ellos han completado ese proceso porque el desarrollo de nuestro lenguaje es algo que, sin duda alguna, dura toda la vida.

A partir de los cinco años se debe saber que ellos han cerrado un ciclo del desarrollo de su lenguaje para dar inicio a otro. Eso se manifiesta a través de muchas formas. Una de ellas consiste en el aumento del vocabulario. Los niños, al ir al colegio, aprenden cosas nuevas. Estas cosas, por lo general, escapan del conocimiento cotidiano del

hogar. Además, los pequeños, a esta edad, conocen suficientes palabras, aunque no procesan todos los significados de las mismas. Tal es el caso del adjetivo duro (“corazón duro”). A los seis, lo interpretan de manera literal, “duro” por “de piedra”, después, a mayor edad, “duro” se asocia con “robusto” hasta que, a los doce años, ellos entienden el sentido metafórico, figurado, abstracto o connotativo, como lo quieren denominar, de “dureza de sentimientos”.

También ellos —ya a los seis años— cuentan con una gramática básica. Gracias a este conocimiento, los pequeños —aunque con ciertas imperfecciones— se pueden comunicar con los adultos y con otros niños de igual o de diferente edad. Llamo imperfecciones a esos errores en que incurren los niños al hablar, como “yo cabo”, del verbo caber, por “yo quepo”. Asimismo, los chamos irán, progresivamente, usando frases cada vez más complejas, enlazadas por algunos conectores —también llamados enlaces o relacionantes— tales como *pero* y *porque*.

Ahora bien, los niños cuentan con una herramienta más. Ustedes, padres, deben saber cómo sacar el mejor provecho de la misma. Aludo a la capacidad de entablar conversaciones con objetivos precisos. Aludo también a la capacidad de defender los puntos de vista y conseguir efectos particulares en el receptor, o en la persona con la cual ellos están hablando. Los chamines aprenden, a partir de los seis años, a argumentar. Esto significa dar testimonios a favor o en contra de una idea. Significa asimismo saber cómo persuadir de acuerdo a la intención que tengamos en mente al comunicarnos.

Conversar es dialogar de manera comprensible. En este diálogo, existen por lo menos dos participantes. Estos participantes deben ser capaces de negociar. Cuando hago alusión a “negociar”, me refiero tanto a la capacidad de acordar como de quedar conformes en ese intercambio de roles que es la conversación, cuya participación se da por turnos.

Un turno es la intervención de un hablante que da pie a otra intervención (dice uno: “¡Hola! ¿Cómo estás?”. Y responde el otro:

“¡Bien! ¿Cómo va todo?”). Estas intervenciones se tejen alrededor de un tema, ya sea la familia, el trabajo, el acontecer diario, etcétera.

En toda conversación, juega un rol importante la argumentación, la cual se da mediante el uso de las partículas ya mencionadas, como *pero* (“el animal ya se había comido el alimento envenenado *pero* no se murió”) y *porque* (“todos fuimos *porque* nos llamaron por el teléfono”). Estas partículas —también llamadas conectores— cumplen una función importante. El primero (el *pero*), hablando de un modo muy general, obliga al interlocutor —por decirlo de alguna manera— a defenderse de lo dicho anteriormente. El *porque* compromete al locutor a dar justificaciones de algo para hacer más convincente lo dicho. Sin embargo, salvo algunas excepciones —a los cinco y unos cuantos meses o ya habiendo el niño entrado en los seis años—, no emplea aún esas partículas con el significado como lo hace, por ejemplo, un muchacho de nueve, diez o doce años.

Estas partículas, *pero* y *porque*, tienen varios sentidos. El hablante, en este caso, el niño, a mayor edad, va adquiriendo progresivamente cada sentido. Esta adquisición dependerá del estímulo particular que manifieste el adulto al chico, como el orientarlo a la hora de usar cada conector según la intención que el niño desee comunicar en determinado momento. Si quiere convencer a su interlocutor de algo, deberá elegir el enlace más apropiado para conseguir su objetivo, ya sea *pero* o *porque*. Un ejemplo de esto son las frases siguientes: “Los niños de quinto (grado) bailan *pero* bien bonito”, esto es aproximadamente a los seis años y, a mayor edad, diría: “quería abrir la puerta *pero* no podía”. También el uso del conector dependerá del tipo de expresión: si se quiere intensificar algo, o dar fuerza a lo dicho, defenderse, convencer a otro o autoconvencerse. En cada situación, existen varias opciones. El chamito deberá saber elegir la más apropiada de acuerdo al momento.

Al pequeñito se le debe enseñar entonces que existe todo un abanico de posibilidades, de las cuales él tiene el privilegio de escoger la

que más le convenga, dependiendo del objetivo preciso que, en cada circunstancia, el niño se haya planteado.

Solo me queda recordarles a los padres —o a la persona que está al cuidado de nuestros hijos cuando estamos fuera del hogar, como también a los maestros que comparten con los chamos medio día en la escuela— la responsabilidad que tienen de enseñar a los pequeños el poder que les da el uso de la palabra.

Asimismo, los niños a medida que van conociendo cómo utilizar su lenguaje, van creando, de igual manera, una mejor atmósfera para su desarrollo integral. Saber comunicarse representa la herramienta más valiosa que existe en el mundo para desenvolverse con éxito. Esto hay que inculcarlo, con mucho amor, a los consentidos del hogar.

Segunda parte:
Habilidad de narrar de niños
en edad escolar

1. Cuéntame qué te pasó

Cuando echamos un cuento lo hacemos para divertir, entretener o informar, argumentar y así persuadir. O narramos simplemente para acercarnos a los demás cuando deseamos “romper el hielo”, así que la narración de historias es una de las actividades más frecuentes y útiles a las que podemos acudir.

A pesar de lo anterior, se puede narrar de diferentes maneras y esos modos en el momento de contar una historia varían según la cultura de las comunidades donde se realice esa práctica. Un niño japonés narra distinto a uno argentino, por ejemplo, porque las distintas culturas influyen en los estilos de narrar relatos empleados por cada uno.

En el caso de las narraciones personales, los acontecimientos se organizan en un espacio temporal, donde aparecen personajes y el hablante tiñe lo narrado de expresiones evaluativas, para calificar lo ocurrido (“me gustó”, “me dolió”, “fue horrible”), o demuestra su perspectiva afectiva con las onomatopeyas (como “quiquiriqui” al hablar del gallo).

Por ser la narración una práctica trivial es la mejor forma de motivar a los niños a que nos relaten sus vivencias personales, relatos tradicionales y hasta chistes, sin dejar de hacerles preguntas para ayudar a involucrarlos mucho más en esta actividad que ofrece muchas ventajas.

Narración vivencial

Como los pequeños disfrutan un mundo al contar sus experiencias cotidianas, por ejemplo: lo que pasó en el colegio a la hora de

jugar con los amiguitos o cuando la maestra los regañó porque gritaban mucho, es necesario estimularlos a contar sus vivencias personales para ayudarlos a desarrollar su lenguaje.

La narración llamada “vivencial” es definida como “un recuento de hechos que ocurrieron en el pasado”. Estos hechos tienen una secuencia temporal, o sea, suceden en un tiempo que transcurre.

No todos los chamitos narran de igual manera. Algunos lo hacen con más madurez, o de mejor forma, que otros. Es necesario tener presente que el entorno social al que está expuesto el niño como la edad de este son dos aspectos que juegan un papel importante en esta actividad.

Como ya he mencionado, cuando se habla de grado de madurez en una narración infantil, se hace referencia a un número mayor de componentes en una historia. Estos componentes pueden ser: complicación de un suceso (más eventos y personajes) y evaluación de un acontecimiento, por ejemplo, mediante la expresión de estados internos a través de verbos, tales como los afectivos (*le gusta*), los físicos (*le duele*) y los cognoscitivos (*reconoce*).

Narración tradicional

Aunque la narración vivencial es vital para persuadir a los niños a emplear su lenguaje cada vez más y mejor, contar cuentos tradicionales o del folclore venezolano, por ejemplo, también resulta una magnífica estrategia para que los niños desarrollen sus habilidades lingüísticas, ya que cuando narra el niño usa el lenguaje más allá de los contextos inmediatos de la situación comunicativa de habla (el tiempo presente, el aquí y el ahora), y el desarrollo de su pensamiento, la capacidad de razonamiento y la abstracción se ven favorecidos.

Narrar cuentos de autores de la literatura infantil (o ficticios) y contar historias que les hayan acontecido a las criaturitas (o mejor dicho narrar sus experiencias personales: un accidente en el hogar, una visita al médico o la llegada de la Navidad) les facilita el desarrollo

de su lenguaje, porque incide en el progreso de la lectura y de la escritura en edad escolar como también en la interpretación de los hechos y su asimilación.

¿Cómo lograr que el lenguaje de los chamos aumente?

Una de las actividades que le da al niño la oportunidad de mejorar sus habilidades lingüísticas es la práctica de la narración. A sus hijos, los papás pueden invitarlos a hablar, por ejemplo, de lo que pasó en la escuela o de sus andanzas con los amiguitos; leerles cuentos antes de dormir para hacer que, en poco tiempo, los chamitos mejoren su capacidad de análisis como también de percepción de la realidad e incitarlos a narrar historias tanto propias como ajenas, reales o ficticias, sobre todo en edad escolar, los ayuda en la práctica de la lecto-escritura como también en el desarrollo de las capacidades académicas en general.

2. Los niños y sus cuentos

En la adultez, una de las prácticas tanto más frecuentes como íntimas es narrar historias para divertir, entretener o informar, en que comenzamos con un “tú no sabes lo que me pasó ayer cuando...”. Es ahí cuando los acontecimientos se organizan en un espacio temporal, donde aparecen personajes y el hablante tiñe lo narrado de expresiones evaluativas para calificar lo ocurrido (“me gustó”, “me dolió”, “fue horrible”).

De igual modo, cuando somos adultos, narramos no solo para entretener sino también para informar, argumentar y hasta persuadir, por lo que echar cuentos es tan común como un saludo matutino.

Lo novedoso del asunto es que una práctica cotidiana para nosotros resulta ideal para incentivar el desarrollo del lenguaje en los niños, a quienes debemos pedirles que nos relaten sus vivencias personales, sin dejar de hacerles preguntas para ayudar a involucrarlos mucho en esta actividad que aparte de divertida ofrece muchas ventajas.

Narrar las experiencias del día

Como los pequeños “disfrutan un mundo” contando sus experiencias cotidianas, por ejemplo: lo que pasó en el colegio a la hora de jugar con los amiguitos o cuando la maestra los regañó porque gritaban mucho, es necesario estimularlos a narrarlas día a día.

La narración de vivencias propias desempeña un papel fundamental en el proceso de adquisición del lenguaje infantil. Este tipo de narración llamada vivencial es definida como “un recuento

de hechos que ocurrieron en el pasado”. Estos hechos tienen una secuencia temporal, es decir, suceden en un tiempo que transcurre.

No todos los chamitos narran de igual manera. Algunos lo hacen con más madurez, o de mejor forma, que otros. Tanto el entorno social al que está expuesto el niño como la edad de este son dos aspectos que juegan un papel importante a la hora de contar historias.

Cuando se habla de grado de madurez en una narración infantil, se hace referencia a un número mayor de componentes en una historia. Estos componentes pueden ser la complicación de un suceso (más eventos y personajes) y la evaluación de un acontecimiento, por ejemplo, mediante la expresión de estados internos a través de verbos, tales como los afectivos (*le gusta*), los físicos (*le duele*) y los cognoscitivos (*reconoce*).

Entre más edad tenga el chamo, de cuatro en adelante, por ejemplo, él o ella evaluará, en un grado más pronunciado los hechos y manifestará mejor su percepción de los acontecimientos. También entre más estimulación reciba, de acuerdo a la edad, contará historias más interesantes, donde hechos y personajes formarán un todo armónicamente concatenado.

Narración y lenguaje infantil

Cuando comienza a hacer conciencia de su lenguaje, el niño puede reorganizar sus experiencias: volver sobre ellas para nivelar lo que ve y lo que dice. Hasta antes de los tres años, el presente es el tiempo que, por ofrecer la inmediatez comunicativa, se vuelve el más utilizado. A partir de cuatro años, la narración se manifiesta en los intercambios comunicativos de los chamos, y con ella aparecen los verbos en pasado.

Cuando narra, el niño usa el lenguaje más allá de los contextos inmediatos, de la situación comunicativa de habla (el tiempo presente, el aquí y el ahora). Esto favorece el desarrollo de su pensamiento, la capacidad de razonamiento y abstracción. Antes de ir al

tiempo pasado, los chamos adaptan la realidad a su lenguaje que, con la edad, de sencillo se va haciendo más complejo.

Narrar cuentos de autores de la literatura infantil (o ficticios) como también historias que les hayan acontecido a las criaturitas (o mejor dicho, narrar sus experiencias personales: un accidente en el hogar, una visita al médico o la llegada de la Navidad) les facilita el desarrollo de su lenguaje porque favorece el progreso de la lectura y de la escritura en edad escolar. Favorece asimismo la interpretación de los hechos y su asimilación.

Tercera parte:
El proceso de la enseñanza y
del aprendizaje de la lectura

1. La lectura comienza en el hogar

Aquella frase conocida de que todo comienza en el hogar es cierta. La ausencia de estímulos positivos alrededor nuestro puede tener una repercusión negativa. Esa ausencia se debe más que todo al desconocimiento de cosas que son esenciales para la debida iniciación en esa actividad. Aunque parezca inevitable que existan diferencias, por ejemplo, que algunos sean más aventajados que otros, hay casos en que esas desigualdades son producto de la repetición de ciclos. Tal es la circunstancia de una persona cuyo núcleo familiar lee poco. Probablemente, esa persona se sentirá desmotivada a realizar esa actividad en un futuro. Pero si adquiere conciencia de esto, la apatía podría desaparecer.

Leer comienza desde temprana edad

De la misma forma que hacemos que una torta agarre el tamaño esperado usando el polvo para hornear, la desmotivación puede tornarse en interés. Eso es lo que ocurre con el aprendizaje de la lectura y la escritura, o de la lecto-escritura, entendiendo estos procesos como dos en uno. La capacidad de leer, en particular, surge desde temprana edad, a partir de los tres años, y no en la escuela como ustedes, papás, piensan.

Factores que repercuten en el éxito de la lectura

El éxito del aprendizaje de la lecto-escritura dependerá de muchos factores. El más importante es fomentar el *interés* por tales prácticas. De allí la importancia del rol que juegan los padres y las personas cercanas a los niños. Un familiar asiduo a la lectura, que

tenga muchos libros regados por toda la casa, puede ser suficiente para despertar ese interés del que hablamos por leer.

Al igual que ver a otros tomar notas, dejar mensajes, por ejemplo, ayuda a comprender por qué la escritura junto a la lectura representan formas de comunicación tan importantes como el hablar.

El proceso de lecto-escritura comienza, asimismo, cuando los chamitos ven a los adultos cercanos a su entorno leer el periódico, disfrutar de los libros de su preferencia o escribir mensajes.

Desde donde se mire, entonces, se trata, pues, de un proceso interactivo o participativo. En un primer momento, la imitación, o sea, el modelo, juega un papel fundamental, ya que estimula en el niño una inclinación a seguir el hábito de leer. Tal es el caso de la lectura de cuentos antes de dormir, que ayuda a crear expectativas en estos lectores iniciales; a fomentar la distracción y la conciencia de que la diversión puede ir más allá de ver la televisión.

Los niños no deberían tener una edad específica para aprender a leer. Ese proceso se puede iniciar cuando los pequeños pronuncian sus primeras palabras, ya que la lectura es la reproducción del habla, o del lenguaje hablado.

La diferencia entre el habla y la práctica de la lectura radica en que, por lo general, la primera es informal, aunque no siempre es así sino que depende de la situación en sí, es decir, del grado de confianza que exista entre los involucrados en una conversación (si es un amigo o un desconocido), o de la formalidad (si es un acto serio o una plática amistosa), de la posición, de la mayor o menor autoridad.

Lo mejor que le puedo dar a mi hijo: un buen libro

El libro es una caja de sorpresas del que una a una va saliendo, a medida que se van dando, alternativas y herramientas para ir las descubriendo. Los libros adecuados según la edad del niño son infaltables en esta actividad. En una primera etapa están los libros llenos de imágenes, figuras y muñecos que constituyen un estímulo importante para el desarrollo de esta actividad. Una vez adquirido el

hábito de leer, se les puede ofrecer a los pequeños cuentos o historias de mayor extensión, o con más páginas y complejidad, es decir, más personajes y acciones.

Las diferencias en lo que se refiere al aprendizaje de la lecto-escritura surgen debido a la falta de motivación en el inicio en estas actividades. Igualmente, existen estrategias que ayudan a incentivar dicho hábito. Estas estrategias dependen de los padres en una primera instancia, y del maestro, en una segunda. Entonces, si todo comienza en el hogar, como dice la consabida frase, la lectura también comienza en casa.

2. ¡Qué bueno es leer!

Cuando era pequeña, entre los cuatro y cinco años, “disfrutaba un mundo” leer y más aún que me leyeran. Andaba con un maletín lleno de cuentos. Aquellos en que uno halaba una etiqueta y se abría una ventana o salía un muñequito. Si llegaba una visita a mi casa, seleccionaba uno de tantos cuentos que tenía en la especie de bulto que cargaba para arriba y para abajo, y le pedía que por favor me lo leyera. No dejaba de insistir hasta que me complacían. Esos cuentos tenían grandes enseñanzas: cómo actuar en determinadas situaciones siempre en función del bien común.

Ahora —trayendo a la mente lo anterior— me preocupa mucho cuando escucho a los padres decir que sus hijos no tienen hábitos de lectura, que leen muy poco o, simplemente, que no les gusta realizar esta práctica. También siento lo mismo por los maestros que les ponen a sus alumnos la etiqueta de lectores “poco competentes”, y engavetan así las posibilidades de hacer algo para mejorar esta situación.

Existe, por consiguiente, un gran desconocimiento de todo lo que implica el proceso de la enseñanza y del aprendizaje de la lectura tanto en la escuela como en el hogar. Hasta el momento la mayoría piensa que la lectura es solo emparejar —de manera mecánica— signos o palabras con significados, como “bueno” significa lo opuesto de “malo”. Es mucho más que eso. Por ello los niños, jóvenes y hasta adultos, a veces, rechazan esta agradable y provechosa práctica.

Consideran, por consiguiente, que la lectura es solamente la reproducción literal de la información. Ellos la perciben como una actividad pasiva, solo de recepción. A través de la misma, se

presentan diversos modos de entender y de percibir la realidad. Esto implica comprender el aquí o reflexionar sobre la experiencia del día a día, sobre el antes, o nuestro pasado, y hasta podemos predecir cómo será el futuro.

La lectura sin duda es un proceso complejo. No por ello deja de ser sumamente interesante. En este proceso participan dos personas (autor de la obra y el lector), por separado, en una actividad. Las dos personas trabajan en la consecución de metas y comparten intereses.

Los padres, junto al maestro, desconocen, asimismo, que dicha actividad es interactiva. Eso significa que el lector modifica de algún modo el mensaje recibido. Además, está el conocimiento compartido: lo que el autor conoce del receptor, del público para el cual escribe, y lo que el lector sabe del autor del libro que lee y cómo este conocimiento influye en él. Por eso, la lectura es un acto de comunicación tal como una conversación. Tiene, en esencia, tres componentes: el autor del libro, el lector y el mensaje del libro. Igualmente, existen otros factores como, por ejemplo, la situación; lugar donde se realiza esta actividad: el aula de clases donde se enseña o el padre cuando lee un cuento a su hijito antes de dormir.

La lectura como acto de comunicación implica, además, el aporte que hace el autor de la obra al lector: cómo cambia él, de alguna manera, su conocimiento en relación con el tema. Todo el proceso de reflexión que el lector hace de la obra añade un significado nuevo al sentido original que le dio el autor de la misma.

La comprensión de la lectura, por lo demás, está determinada por la experiencia que el lector posee en dicha actividad, de su manejo, bueno, mediano o malo, de estrategias, como la identificación de la temática, la formulación de predicciones en cuanto al desarrollo de dicho tema o de las inferencias, por ejemplo, si el protagonista de la novela resolverá o no el conflicto.

Se olvida, finalmente, que el sentido de un texto, obra o libro, resulta de cómo se encadenan las frases que lo conforman, para constituir un todo único y finito, una imagen mental, si se quiere

empaquetada, que el lector desempaquetará como lo hacemos con un regalo.

Nosotros sin saberlo podemos ser responsables de la desmotivación que sienten los pequeños y los jóvenes hacia la lectura. Recordemos, pues, que leer puede ser uno de los grandes placeres de nuestros pequeños. Todo dependerá de lo que hagamos para conseguir que sea así.

3. Leer es como hablar

¿Qué es leer?

Cuando los maestros califican a los niños de lectores apáticos desconocen que la lectura va mucho más allá de interpretar los signos que las palabras representan, o de equiparar letras o grafías con significados o mensajes ya establecidos, como “bueno” es lo que se entiende por “bueno”, opuesto a “malo”. Así que leer no es solamente la reproducción literal de la información. Tampoco es una actividad pasiva, o solo de recepción. Esta visión errada tiene graves consecuencias en la enseñanza y en el aprendizaje de la lectura.

Es un proceso participativo (o interactivo), ya que se necesitan dos personas, autor y lector. Este modifica de alguna manera el mensaje recibido con el que podrá cambiar su entorno. Igualmente, el que lee puede relacionarse con otros lectores cuando se comentan las obras leídas; ahí hay interacción.

Los niños, los jóvenes y hasta los adultos sienten rechazo en el momento de leer porque no han descubierto que dicha actividad es una ventana al conocimiento de: diferentes culturas, maneras distintas de pensar, sentir y concebir la realidad, por lo que resulta indispensable para el desarrollo de la creatividad y la libertad de pensamiento.

¿Cuándo se inicia la lectura?

Como el aprendizaje de la lectura y la escritura son procesos que se inician desde temprana edad, a partir de los tres años, y no en la escuela como la mayoría piensa, el éxito de estas prácticas

dependerá del interés que se fomente en las mismas antes de llegar a la escuela.

Con base en lo anterior, la no presencia de estímulos puede tener una repercusión negativa. Esa ausencia se debe tanto a la falta de recursos como también al desconocimiento de aspectos que son esenciales para la debida iniciación en esas actividades. Un familiar asiduo a la lectura puede ser suficiente para incentivar el amor a esta. Al igual que ver a otros tomar notas y dejar mensajes ayuda a comprender por qué la lectura junto con la escritura son formas tan importantes como lo es hablar.

¿Cuán importante es el ejemplo?

Muchos padres piensan que los niños deben tener una edad específica para aprender a leer, por lo que ignoran que el proceso se puede iniciar cuando los pequeños pronuncian sus primeras palabras: la lectura es la reproducción del habla, o del lenguaje hablado. Solo puede cambiar el tono, por lo general, de más formal a menos informal.

El proceso de lecto-escritura comienza asimismo cuando los chamitos ven a los adultos cercanos a su entorno leer el periódico, disfrutar de los libros de su preferencia y escribir mensajes. Desde donde se mire, se trata, pues, de un proceso interactivo.

En un primer momento, la imitación, es decir, el modelo juega un papel fundamental: estimula en el niño una inclinación a seguir el hábito de leer. La lectura de cuentos antes de dormir ayuda a crear expectativas en estos lectores iniciales, a fomentar la distracción y la conciencia de que la diversión puede ir más allá de ver la televisión si se activa la imaginación.

Luego, en una segunda instancia, la motivación viene dada por la comprensión de la lectura, la cual está determinada por la experiencia que el lector posee en dicha actividad, de su manejo, bueno, mediano o malo, de estrategias, como la identificación de la temática, la

formulación de predicciones en cuanto al desarrollo de dicho tema o de las inferencias: ¿el protagonista resolverá el conflicto?

Libros: cajas de sorpresas

Aunque gracias a la tecnología se puede acceder a la lectura a través de una pantalla, nada sustituye al libro que se puede llevar a cualquier parte, por lo que se transforma en el compañero ideal en las colas y en los viajes.

Es el libro una caja de sorpresas, de donde una a una van saliendo, a medida que se van dando estrategias para ir las descubriendo. Los apropiados, de acuerdo con la edad del niño son infaltables en esta actividad. En una primera etapa, esos libros llenos de figuras constituirán un estímulo importante para el desarrollo de esta actividad. En una segunda, van los que tienen argumentos de menor a mayor complejidad, según el dominio del tema que tenga el niño.

Consejos para motivar a los chicos a leer

Permitirles que vean, toquen y lean libros; con orientación, darles aquellas obras que sean del interés de ellos, colocarles textos en la mesa de noche y leerles cuentos antes de dormir, sumergiéndolos en esos relatos y buscando que se compenetren con los personajes.

4. Epitafios, palabras y milagros

Es tan común oír frases como: “a mi hijo no le gusta leer”; “tiene problemas de lectura” o “le cuesta mucho realizar esa actividad”. Los maestros y los padres califican a los niños de lectores apáticos. Parece, entonces, que desconocen que la lectura va mucho más allá de interpretar los signos que las palabras representan, o de equiparar letras o grafías con significados o mensajes ya establecidos, como “bueno” es lo que se entiende por “bueno” opuesto a “malo”.

Consideran, por consiguiente, que la lectura es nada más la reproducción literal de la información. Ellos la perciben como una actividad pasiva, solo de recepción. Esta visión errada tiene graves consecuencias en la enseñanza y en el aprendizaje de la lectura. Los niños, los jóvenes y hasta los adultos sienten rechazo en el momento de leer. No han descubierto que dicha actividad es una ventana al conocimiento de: diferentes culturas, maneras distintas de pensar, sentir y concebir la realidad. Es también un proceso participativo (o interactivo): se necesitan dos personas, autor y lector, para su práctica.

El aprendizaje o la enseñanza de la lectura se realiza en el salón de clases bajo la supervisión del educador. Ahí se genera un acto de comunicación con varios participantes: el autor del libro; el docente, como facilitador; los alumnos; los lectores potenciales; un mensaje, a través de lo leído; un lugar, el aula; una situación, enseñar a leer.

Los estudiantes, con la ayuda del maestro, desentrañan los significados del texto: lo que se esconde detrás de sus frases encadenadas para darle sentido hasta la construcción de un modelo equiparado, de alguna manera, con el mensaje que el autor quiso transmitir.

No importa el tipo de obra, o género, ya sea un cuento o poesía. El tema importa algo, su grado de receptividad, gusto, conocimiento o importancia para los lectores, pero más importante es cómo ese texto modificará el estado de conocimiento de los educandos, cómo cambiará su visión, dejará algo en sus conciencias que servirá para el mañana.

Simón Rodríguez en su obra *Sociedades americanas* dice que

... leer es resucitar ideas sepultadas en el papel; cada palabra es un epitafio: llamarlas a la vida es una especie de milagro, y para hacerlo es menester conocer los espíritus de las difuntas, o tener espíritus equivalentes que subrogarles; un cuerpo con el alma de otro sería un disfraz de carnaval; y un cuerpo sin alma sería un cadáver.

Rodríguez señala así que leer no puede ser una actividad mecánica sino consciente: las palabras tienen vida independiente, quien las lee, entonces, las revive, les da un sentido propio, las hace suyas.

Según los estudiosos del lenguaje, la comprensión del receptor dependerá de la experiencia del mismo como lector, de su conocimiento sobre el tema y del manejo de estrategias que le permitirán acceder al texto como un todo. Estas estrategias pueden ser buscar el tema, adelantarse a los hechos, identificar su orden, etc. Si los niños sienten que al leer pueden cambiar el estado de las cosas, construir nuevos mundos y viajar a través del tiempo, sin duda, empezarán a amar la lectura.

Con base en lo anterior, los maestros y los padres deben acabar de una vez por todas con las concepciones que hacen ver la lectura como una actividad robotizada, en que las palabras mueren en boca de otros, donde los autores de los libros son esculturas de mármol inmunes al tiempo.

***Cuarta parte:
Problemas del desarrollo del
lenguaje que influyen en el
aprendizaje de los niños***

1. Cuando aprender se hace cuesta arriba

Los padres —e incluso el maestro— tienden erróneamente a asociar cualquier desventaja académica en la escuela —como las dificultades de lectura o la pérdida de atención en clase, por ejemplo— con la baja capacidad intelectual de niño, quien, de inmediato, es etiquetado como “poco inteligente” tan solo por no adaptarse al sistema escolar tradicional, del cual incluso puede ser expulsado. Dicha expulsión le ocasionará traumas imborrables siendo el problema de otra índole.

En realidad —en general— puede ser todo lo contrario a lo expresado anteriormente. La mayoría de los chicos que presentan ese déficit de aprendizaje tienen un nivel de inteligencia normal o hasta superior.

Entonces, solo porque el niño parezca perdido en la escuela, por decirlo de alguna manera, no debe atribuirse la razón de la desventaja académica a su bajo nivel intelectual —o escasa inteligencia—, sino que muy posiblemente se están presentando problemas de aprendizaje, para los cuales hay una oportuna solución.

Dificultad a la hora de aprender: causa y remedio

Las causas de las dificultades al aprender pueden tener su origen en la forma como el cerebro procesa la información, debidas a un problema del sistema nervioso central.

Aunque no existe un modo totalmente certero de detectar que el chico confronta una dificultad en el momento de aprender, cuando se registran algunos signos en su conducta tales como hiperactividad y/o poca atención —de ahí que se distraiga con mucha

facilidad—, puede pensarse que esta dificultad esté ocasionando las referidas anomalías para las que existe un tratamiento que, de seguirlo, le ayudará bastante.

Si el niño recibe entonces la atención profesional necesaria, podrá solventar la dificultad. Lo importante es detectarla tempranamente para evitar así que la situación se agrave, ya que el niño se esforzará por aprender y al no conseguirlo podrá desarrollar conflictos emocionales que lo lleven a perder la confianza en su capacidad y, quizá, eso influya en que adopte un comportamiento de agresividad en el aula, pues es preferible ser considerado “malo” que “estúpido”.

Algunos trastornos que alertan del problema

Dificultad en entender y seguir instrucciones; recordar lo que se le acaba de decir; distinguir entre la derecha y la izquierda; confundir el número 25 con el número 52, la “b” con la “d”, y “le” con “el”; no dominar las destrezas básicas de lectura y escritura, porque se maneja el lenguaje con cierto nivel de atraso y se tiene un vocabulario limitado; o problemas con las matemáticas, por lo cual se fracasa en el trabajo escolar; falta coordinación al caminar, jugar deportes o llevar a cabo actividades sencillas, tales como aguantar un lápiz o amarrarse el cordón del zapato; fácil pérdida o extravío de sus asignaciones, libros de la escuela y otros artículos, y no poder entender el concepto de tiempo: se confunde el “ayer” con “hoy” y “mañana”.

Si el chamo presenta varios de los trastornos mencionados anteriormente, los papás deben considerar la posibilidad de que esté confrontando dificultades del aprendizaje. Cuando hay muchas probabilidades de que sea de esa manera, buscar únicamente los mejores materiales pedagógicos o el docente correcto no bastarán para orientar al chamo.

Una alternativa: terapia sistémica

Será oportuno analizar la dificultad de aprendizaje desde un enfoque sistémico. Dicho enfoque se ocupa de la dinámica de las relaciones humanas y, en concreto, de la organización familiar del niño.

Se parte de la idea de que cada ser expresa tanto la historia como la trama de su familia. En cada núcleo familiar hay versiones dominantes con las que trabaja el terapeuta tomando en cuenta además el contexto educativo del chamito, es decir, todo su entorno sin excluir alguno.

Asimismo —dentro de la terapia sistémica—, el niño puede expresar un acontecimiento en lenguajes diferentes. A través de esos lenguajes, reflejará cada nuevo conflicto o modificación de su estructura familiar, debiendo buscar un acomodo en ese núcleo, de la misma manera que lo buscarán también los miembros de su familia. Por ende, un trastorno en el aprendizaje demuestra que algo anda mal en el mundo emocional del pequeño.

Por consiguiente, las etiquetas están de sobra. Las mismas pueden hacer mucho daño en el niño que es víctima de ellas, ya que no tiene mecanismos de defensa para rechazar tal descalificación.

2. Cuando les bailan las letras a los chamos

Aunque el desarrollo del lenguaje, por lo general, parece estar vinculado con la capacidad intelectual o con la parte emocional del pequeño, no siempre ocurre de esa manera. Se puede tratar de una dificultad del lenguaje conocida como dislexia: un desorden del aprendizaje originado por un trastorno del lenguaje.

Los niños disléxicos no tienen deficiencia sensorial ni tampoco motriz. En cambio, sí presentan problemas de percepción y de construcción de palabras. Esas dificultades se traducen en un retraso del niño en las áreas de la lectura, la escritura y el deletreo. Lo anterior influye para que luzca descuidado, flojo, desordenado o distraído.

Un trastorno con una causa poco clara

La causa de la dislexia aún es desconocida o, mejor dicho, está en discusión. Se manejan diferentes teorías. Una dice que la misma es producto de una falla de la memoria a corto plazo; por consiguiente, surgen dificultades de organización y coordinación. Otra habla de que uno de los hemisferios —ya sea el izquierdo o el derecho— no domina sobre el otro y, por ende, no asume las funciones del lenguaje. Una tercera teoría expresa que la misma se debe a un problema de tipo genético o hereditario.

¿Cómo detectar que mi niño es disléxico?

A partir de los cinco años, el niño puede padecer de dislexia si presenta las siguientes limitaciones: no diferencia las palabras que comienzan con el mismo sonido, como *ambulancia* o *ambiente*; confunde el vocabulario debido a falta de orientación espacial; se

equivoca en el paso de una línea a otra; no puede repetir frases por fallarle la memoria a corto plazo; no comprende bien lo leído y se le dificulta nombrar colores o emparejar palabras.

Con mucha probabilidad, el chamo está sufriendo un trastorno de la dislexia cuando lee con lentitud e invierte las sílabas de una palabra (*sol* por *los*), no emplea los signos de puntuación y confunde las vocales (la *a* con la *o*) como también las consonantes (la *p* con *b* o *m* con *n*).

Secuelas de la dislexia

Debido a las desventajas con las que el niño disléxico se enfrenta día a día, desarrolla alteraciones en su vida afectiva producto de los fracasos reiterados; se muestra desinteresado en el estudio; tiene una disminución de su autoestima que compensa siendo vanidoso o aparentemente confiado en exceso; sufre de ansiedad; puede comportarse de manera negativa y, al mismo tiempo, presentar retrocesos en su aprendizaje.

¿Se puede superar la dislexia?

Como todos los trastornos del lenguaje, su detección temprana ayuda enormemente en su control. Se detecta en particular aproximadamente a partir de los cinco años cuando el chamo está culminando una etapa de su lenguaje en que ya debe contar con una gramática y un vocabulario básico que facilita el desarrollo de las prácticas de la lectura y de la escritura.

Aunque la dislexia no tiene cura, un tratamiento prolongado le puede hacer al niño olvidar que la sufre una vez que busca la forma de crear un código particular que le permita interpretar adecuadamente los signos gráficos a la hora de escribir o de leer.

Ahora, la motivación del niño como también el apoyo familiar y del docente que reciba, al igual que el seguimiento del proceso por un especialista, marcarán la diferencia en esta difícil circunstancia.

¿Cómo actuar?

Por consiguiente, en ningún momento, los papás deben perder la paciencia con el niño, sino, por el contrario, necesitan mantenerse firmes y darle confianza como también hacerle notar al pequeño que —a pesar de sufrir de dislexia— puede ser exitoso en todo lo que haga siempre y cuando se lo proponga, bajo un tratamiento adecuado.

Únicamente, habrá que tener bien claro que el chamo necesita más tiempo para realizar sus actividades de rutina. Si lo comparamos con sus hermanos o sus compañeros de clase, le estaremos causando un daño irreparable de tipo emocional, en vez de darle una mano para que sepa cómo conducirse de la mejor manera, aun padeciendo de dislexia.

3. Cuando falla el lenguaje

El lenguaje es una herramienta fundamental del individuo para desenvolverse en su ámbito social con éxito. Él mismo está en constante construcción al igual que la imagen que tiene ese individuo en el ámbito donde se desenvuelve. Se entiende como *imagen* la valoración que se devenga hacia sí misma como también la percepción que tienen los demás de esa persona. Estos aspectos son cambiantes.

Por consiguiente, el desarrollo del lenguaje dependerá de la interacción del hablante con su medio y de cuán acertada sea o no esa interacción. Eso estará en manos de nosotros a menos que exista algún tipo de trastorno.

La evolución de la sagrada herramienta que nos permite comunicarnos dependerá, asimismo, del nivel de maduración del organismo del niño, del contexto donde se desenvuelve y de la calidad del estímulo que reciba el infante por parte de los adultos de su entorno.

Alteración en la comprensión del lenguaje

A pesar de lo anterior, pueden existir sombras que empañan el desarrollo del lenguaje del infante. Una de ellas es la *afasia*: trastorno que tiene como característica la alteración de la comprensión del lenguaje, en que el niño emite continuamente palabras o sílabas que carecen de sentido. Se trata de alteraciones conocidas con los nombres de *ecolalia* o *diglosia*.

Para cualquier tipo de trastorno, lo ideal es su detección temprana. La mayoría de las alteraciones del lenguaje tienen su momento propicio cuando los niños inician la etapa escolar y los parámetros de comparación para diagnosticarla son los momentos

culminantes de la adquisición del lenguaje del párvulo, tales como la edad entre los dos años y medio y los tres; los seis años y los nueve años. A los doce años, el preadolescente deberá haber completado el proceso exitosamente.

Habla reiterativa

El rasgo más resaltante de la afasia es que quien la padece tiene un habla ininteligible, producto de la repetición de sonidos y de palabras huecas, por ser incapaz de saber a lo que aluden esos fonemas. En este aspecto, se encuentran las perseveraciones silábicas y verbales, que pueden ser tan intensas que vuelven el lenguaje ininteligible. Esto recibe la designación de *idioglosia*.

Asimismo, se observa en quien padece de afasia poca concentración puesto que su memoria se ve perturbada y en su habla se presenta una abundancia de errores, que dificultan su comprensión aún más.

Parámetros para diagnosticar la afasia

En cuanto a la atención, el niño no es capaz de mantener contacto visual con el interlocutor; o no atiende cuando le hablan ni presta atención durante la realización de una tarea.

Del mismo modo, el niño puede presentar algún tipo de malformación en los órganos fonadores; mantener la boca abierta al respirar; o no tener control de la salivación.

No se vuelve si se produce algún sonido detrás de él/ella y hay que elevar la voz para que entienda los mensajes; además, dice que “no oye”.

Discrimina sonidos y su lenguaje es incomprensible por la repetición constante de palabras y frases.

¿Qué hacer con un chamo afásico?

El aprendizaje de niños afásicos de escasa gravedad es posible siempre y cuando se acompañe este trastorno con una reeducación del lenguaje, como ocurre con los niños disléxicos.

Al igual que lo anterior, para curar o mejorar este síndrome es necesario realizar adecuados estudios fisiopatológicos, para basar en estos tanto la reeducación antes mencionada como el trabajo escolar.

Antes que nada, los papás deben saber que la detección temprana de este tipo de alteración, como ya se mencionó, es vital para sobrellevarla o conseguir su cura definitiva. De igual manera, el amor y la paciencia que devenguen al niño harán que las respuestas oportunas para la mejora de esta clase de trastorno lleguen cuando se las espera o antes de ello.

Para lo anterior, los padres deberán seguir con mucha atención todos los momentos culminantes del desarrollo del lenguaje del niño, que vienen dados por logros particulares en su aprendizaje mediante los que se van cerrando ciclos significativos.

4. Actitudes negativas delante de los niños

Los niños están pendientes de todo lo que ocurre a su alrededor. De ahí que los padres digan, por ejemplo, que son sumamente despiertos o avisados. Estas criaturitas son esponjas que absorben todo. Su aprendizaje, en una primera etapa, se da a través de la imitación. En una segunda, cuando ya se han definido los rasgos de su personalidad, los chamos son capaces de crear conductas propias. En esa primera etapa, el niño busca, más que en cualquier otro período, ser aceptado por los demás. La aceptación de otros le produce sentimientos de satisfacción y seguridad. Es una forma de recompensa.

Por consiguiente, el chamo imita los comportamientos de sus mayores que juegan un papel importante en su vida: copia el modo de actuar del padre usando sus zapatos, en el caso de los varones, y poniéndose los tacones altos o los collares de mamá, en el caso de las niñas. De esa manera, se va formando la personalidad del pequeño. Esto se da gracias a la selección de modelos que el niño considera apropiados o aceptados. Selecciona entonces esos modelos o conductas para evitar el rechazo de los demás.

¿Qué pasa entonces cuando los padres, sin querer, mediante prácticas o actitudes negativas, incitan a los pequeños a actuar de manera perjudicial inculcando comportamientos inadecuados que se manifestarán cuando estos sean adultos?

El modelo es la imagen que un individuo, en este caso, el niño, tiene de otra persona. Esta imagen constituye para él un ejemplo a seguir. Por consiguiente, el modelo es como un patrón que regula

el comportamiento del chiquillo, le permite “autoevaluarse”, funcionando como una especie de brújula.

El proceso de sacar partido de la imitación se da sobre todo a partir de los seis años, una vez que el niño ha adquirido las habilidades básicas para comunicarse. Si los padres no están conscientes de la enorme influencia que ejercen sobre sus hijos, pueden cometer errores a la hora de formarlos. Esto puede ocurrir en determinados casos, por ejemplo, cuando fuman en su presencia; muestran desconsideración hacia los demás; se expresan de manera no adecuada delante de ellos, o cuando los padres se agreden cruelmente entre sí en presencia del niño. Este comportamiento de agresión va generando traumas en el pequeño y formas equivocadas de reaccionar en circunstancias donde se hace pertinente mantener la calma. Otro error en que incurren los padres y los maestros es comparar a los niños, cuando dicen, por ejemplo, tu hermano o menganito es más educado que tú, en vez de incentivarlos a que desarrollen un comportamiento más cortés, ya que así serán bien recibidos en todas partes o serán tratados igualmente, o sea, de forma cortés.

Las comparaciones van generando también traumas que se manifestarán en la adultez. Cada niño es diferente a los demás, un individuo con cualidades, potencialidades y talentos particulares. Eso hay que tenerlo presente en todo momento.

Una vez que el chamo ya tiene, digamos, una personalidad definida —esto ocurre como a los seis años—, es capaz no solo de imitar sino de construir modelos nuevos, es decir, de ser original. Esto lo hace basándose en sus experiencias y en su aprendizaje personal.

Poco a poco, entre más experiencias tenga el pequeño, y gracias a la ayuda de los padres, sabrá sacar provecho de todas las vivencias y tendrá más control sobre su ambiente. Se dará cuenta entonces de que con su participación puede modificar lo que ocurre en su entorno. Asimilará que su imagen delante de las otras personas no es estática sino que está en constante construcción. Y eso es para bien.

La idea no es coaccionar entonces a los chamos imponiéndoles un comportamiento rígido, estricto, sino conducirlos para que desarrollen sus habilidades en un contexto flexible. En ese contexto, en que el aprendizaje se da por ensayo y error, el ejemplo será la mejor herramienta para guiarlos, dejándolos actuar con soltura y espontaneidad y, al mismo tiempo, de forma acertada.

5. Un niño abusado...

... es también un adulto abusado. Sabemos que la influencia de los padres en el niño es grande. He hablado en este espacio de la importancia del papel de los padres en la adquisición del lenguaje infantil. En cada etapa o cierre de ciclo, esa influencia es decisiva. Eso es un ejemplo de cómo ese influjo se convierte en una estimulación positiva. Si, por el contrario, los papás, conscientemente o no, ejercen un efecto negativo, los daños son irreparables. Una forma de causar un mal al pequeño para toda la vida es a través del maltrato. Hay muchas clases de maltrato. Tocaré aquí el físico y el emocional.

¿Qué es el maltrato infantil?

Es cualquier acción u omisión relacionada con el cuidado, la atención y el amor que afecte negativamente la salud física y/o mental de un niño o una niña. Es también cualquier agresión de tipo verbal, como un insulto o amenaza, que cause en el pequeño sentimientos de frustración, inseguridad, temor, culpa o humillación, o sea, que le ocasione un daño emocional.

El maltrato se produce cuando la salud física, emocional o la seguridad del pequeño están en peligro debido a acciones negativas o negligencia de parte de las personas encargadas de su cuidado.

Maltrato físico y emocional

El maltrato físico es aquel que implica el uso de la fuerza física, que va desde una cachetada, seguida de distintos golpes o empujones, hasta lesiones graves que puedan provocarle la muerte al infante.

El maltrato emocional generalmente ocasionado por una agresión de tipo verbal es más difícil de detectar, quizá porque todavía nos aterramos de la violencia física (golpes y demás daños corporales), pero justificamos los ataques verbales, sobre todo cuando se trata de la supuesta educación del niño, ya que muchos padres pueden maltratar al chamo y disculpar ese maltrato diciendo que se trata de disciplina.

El niño no debería recibir una nalgada por haber olvidado arreglar su cama. A la hora de que haya cometido una falta considerada como “grave”, se aconseja aplicar un castigo como hacer algún trabajo para pagar lo que arruinó o extravió, o no dejarle disfrutar su actividad favorita, pero nunca hacerlo víctima de la violencia física o verbal. Las nefastas consecuencias no se harán esperar.

Cuando la disciplina se convierte en maltrato

Los papás deberán asegurarse por completo de que su hijo tiene la capacidad de hacer lo que ellos le están exigiendo. Nunca deberán castigarlo, por ejemplo, por orinarse involuntariamente en la cama o por no obtener buenas notas en la escuela cuando el chamo, debido, por ejemplo, a problemas del desarrollo de su lenguaje, no tiene la capacidad para lograr el éxito escolar esperado.

Las exigencias que son imposibles de cumplir ponen al niño en un conflicto que no puede resolver, lo cual le produce un daño inevitable en su sistema emocional.

Los niños que han sido abusados pueden exhibir una baja autoestima; incapacidad para confiar o amar a otros; conducta agresiva; problemas de disciplina; a veces, comportamiento ilegal, coraje y rabia; actitud autodestructiva o pensamientos suicidas; pasividad, esto es, comportamiento retraído o apegamiento; miedo de establecer relaciones o de comenzar actividades nuevas; ansiedad; problemas en la escuela o fracaso escolar; sentimientos de tristeza u otros síntomas de depresión; visiones de experiencias ya vividas y pesadillas; abuso de drogas y/o de alcohol, o problemas al dormir.

Los padres deben evitar el maltrato tanto físico como verbal. Para no caer en el segundo, que es más sutil, no deberán olvidar nunca, bajo ninguna circunstancia, que las palabras pueden tener consecuencias mayores que un golpe o que una herida corpórea profunda. El dolor del insulto va por dentro, desgarrando el corazón y ensuciando el alma del afectado, en este caso, del niño.

Los actos que implican conductas que desvalorizan, humillan, crean miedo y culpa en los niños, ocasionan daños emocionales severos que, por lo general, no se reflejan hasta la adolescencia, o aún más tarde, cuando muchos de estos niños maltratados se convierten en padres o esposos abusivos, así como también en hombres y mujeres expuestos a un riesgo mayor de ansiedad, depresión, abuso de sustancias, enfermedades médicas y problemas en el trabajo. Por ende, un niño abusado es entonces un adulto abusado con muchísimas dificultades para desenvolverse con éxito a la hora de establecer relaciones con los demás.

6. Padres de hijos adolescentes

Como la personalidad no está definida todavía, la adolescencia es una de las etapas más complejas por las que atraviesa el ser humano. En ese período, se rechaza lo aprendido en la niñez; se asume una actitud de rebeldía, en que la crítica y el cuestionamiento de la realidad van de la mano; y, con frecuencia, se reacciona exageradamente.

El comportamiento anteriormente descrito parte de un deseo del individuo de reafirmarse, de sentirse a salvo de alguna manera, cuando se atraviesan tantos cambios juntos y no se sabe qué pasará en un futuro.

Una prueba de fuego para los padres

El asunto de ser adolescente es complicado, pues no hay esquemas o cánones establecidos ni mucho menos manuales que se puedan seguir literalmente con observaciones a pie de página con las claves de cómo guiar a los hijos en las edades que abarca la adolescencia.

Entonces, aquellos que están conscientes de cuán estresante puede resultar ser padre de un chamo adolescente dan en el clavo. Criar a un jovencito en esos años es todo un reto, o, mejor, una prueba de fuego, para los padres.

La adolescencia es una etapa de encuentros y desencuentros. En el caso de los primeros, cuando van de los quince a diecinueve años, los jovencitos se encuentran en una fase en que la independencia se vuelve clave. De manera tajante, comienza la definición de la personalidad. En cuanto a los segundos, a veces, la mayoría de las veces,

actúan irracionalmente, ya sea para llamar la atención o para poner a prueba la capacidad de tolerancia del adulto: *¿cómo reaccionará con lo que le digo o lo que hago?* Si se logra sacar de quicio a los papás, ellos habrán perdido más que el jovencito.

Salir airosos en el intento

A pesar de lo anterior, uno de los momentos más bonitos en nuestra vida es la adolescencia. La sinceridad resulta ser la principal cualidad que se tiene. Debido a esto, siempre es aconsejable que los adultos se muestren tal como son y evitar someter a los jóvenes a pruebas o a juicios incesantes. Y sobre todo, conducirlos con mucho amor porque es cuando este más se necesita, aunque parezca lo contrario.

En la adolescencia, se es tan sincero que, en ocasiones, no importa emitir opiniones fuertes, porque decir lo que se piensa es parte de la consigna. Por ende, el reto se convierte en la principal arma.

Uno de los aspectos que deben entender los padres es que la adolescencia representa una de las etapas en que los seres humanos somos más susceptibles a la crítica. La gran parte de los chamos son víctimas de complejos de inferioridad. Por eso —aunque demuestren lo contrario—, tienen la imperiosa necesidad de sentirse cómodos consigo mismos, amados, comprendidos, respetados, valorados y aceptados.

Por lo anterior, es aconsejable no emitir comentarios a modo de chanza o, mejor dicho, hacer juegos verbales con ellos. Con mucha probabilidad, estos juegos podrán ser interpretados como ofensivos: los chamos pensarán que se les está ridiculizando delante de las demás personas, sin que sea esa la verdadera intención de los papás.

Por lo general, los jóvenes en la adolescencia piensan que si fallan pierden el amor de sus padres; por consiguiente, hay que demostrarles que —aun cuando ellos comentan errores, como todo el mundo lo hace— se les seguirá amando de la misma forma. En ese proceso en que se les refuerza la autoestima a los jóvenes, es oportuno hacerles

saber que se espera de ellos que mantengan una actitud responsable ante la vida, como también incentivarlos a que se esfuercen por desarrollar ese comportamiento comprometido en la edad adulta.

Ser independiente es la meta

La adolescencia es un período en que se está buscando cierta independencia. Los amigos son muy significativos. Por eso, los padres deberán conocerlos para descubrir cuáles son las cualidades de estos y poner interés en esas cualidades.

Ninguno de los momentos cruciales por los que atravesamos los seres humanos resultan fáciles de conducir para los papás. Sin embargo, estos deberán tener la información apropiada de todos esos momentos para sacar de cada uno más provecho. Si consideran que la situación se les está yendo de las manos, pedir ayudar a un consejero es lo mejor.

Lo más importante es dejarse conducir por el instinto paterno que —junto al amor que sientes por tu hijo— será la mejor guía para encontrar respuestas acertadas cuando se requiere de estas más que nunca.

7. Lenguaje infantil: un largo camino por recorrer

Los niños recorren un largo camino antes de comunicarse acertadamente. Ese proceso empieza desde temprana edad y va pasando por momentos culminantes, como son los seis años de edad, cuando ya se pueden desenvolver con relativa soltura en sus conversaciones, amén de poder narrar y describir situaciones o relatos con muchos aciertos.

Luego, los chamos siguen su proceso de desarrollo del lenguaje hasta los doce años. Aunque culminan, después de esa edad continuarán perfeccionando el lenguaje a lo largo de toda la vida, en todos sus niveles, mediante el conocimiento de nuevo vocabulario y con las habilidades que les permitan ser más persuasivos a la hora de comunicar un mensaje.

Tratando de pronunciar bien

En una etapa anterior al lenguaje, o prelingüística, técnicamente hablando, antes del primer año de edad, los niños lloran. El llanto tiene por finalidad garantizar la supervivencia, ya que mediante el mismo el chamo busca satisfacer las necesidades biológicas, tales como comer, dormir o expresar si tiene frío o calor.

En definitiva, llorar es una manifestación primaria del bebé para decir que algo anda mal y lograr, de ese modo, que le presten atención. Igualmente, y por instinto, la madre reconocerá cuán grave es la necesidad de su bebé cuando llora.

Luego, comienzan los sonidos de arrullo y risas, hasta aproximadamente los cuatro meses, momento en que los chicos pronuncian sonidos en que está la “j”, que es lo que se llama el *gorjeo*; en

un momento previo, como modo de práctica, antes de la pronunciación de la primera palabra. Una vez que ha llegado al estadio de repetición de la misma sílaba, que es lo que se conoce como reducción de los sonidos —por ejemplo, “mamama” por “mamá”—, muchos papás la confunden con la primera palabra, que, por lo general, se da entre los nueve meses y el primer año de vida.

Después de la primera palabra, los niños van adquiriendo los fonemas de acuerdo con la edad, como “lete” por leche; de igual modo, lo hacen con la gramática: una palabra que equivale a toda una oración, como “papá” por “papá está ahí”, y de un vocabulario básico, que identifica una palabra con un sentido, como “grande”, por tamaño.

Algunos trastornos de la pronunciación de sonidos en edad infantil antes de los seis años son la sustitución de un sonido por otro, como “fujar” por “jugar”; omisión de un fonema, como “pobema” por “problema”; o la anteriorización, que, en cierta forma, es la sustitución de un sonido por otro, como “coco”, por “toto”, cuando no puede pronunciar el sonido “k” representado en la combinación silábica como “co”.

Los niños a los seis años ya debieron haber adquirido todos los sonidos del lenguaje, para, así, tener una mediana fluidez en el momento de comunicarse.

Conociendo y empleando más palabras

Aunque la primera palabra aparece entre los nueve meses y el año, las palabras iniciales se pronuncian a los catorce meses. A los dieciocho meses, los chamos adquieren unas cincuenta palabras, las cuales en su mayoría son sustantivos que se refieren a comida, animales, objetos que el niño utiliza y partes del cuerpo, en fin, un vocabulario inmediato al niño.

Asimismo, en un mínimo porcentaje, cuentan algunos verbos, por lo menos antes de los dos años de vida, cuando el niño ya conoce un número no desestimable de palabras, aunque, a veces,

no las emplea de manera correcta, como la alteración denominada sobreextensión, cuando dice “ota” por “pelota” a todo lo que es redondo.

A los cuatro años, el niño es capaz de entender frases u oraciones complejas, aunque siempre será mayor su comprensión que su producción o la capacidad de emitir, de pronunciar con conocimiento del sentido las palabras, así como también de narrar y de describir aunque, solo medianamente, de argumentar, dar justificaciones de algo, porque la argumentación es una de las habilidades más complejas del desarrollo del lenguaje; proceso que tendrá su momento culminante hacia los nueve años de edad.

A los seis años, el niño habrá adquirido un porcentaje bastante alto de palabras, pero no será capaz de entender todos los sentidos de cada una, por ejemplo, asocia “grande” por tamaño, pero no por grandeza, por lo menos la espiritual, mientras que a los nueve años sí podrá entender este sentido y utilizarlo con facilidad.

Motivos para preocuparse

Los problemas del lenguaje se detectan cuando los niños a determinada edad no pronuncian correctamente una palabra, como a los seis años, cuando ya han debido poder pronunciar cualquier sonido; o manejan muy poco vocabulario, cuando por el momento en que están deberían usar una cantidad no desestimable de voces, por ejemplo, que a los dos años solo empleen menos de cincuenta palabras.

Algunas manifestaciones para preocuparse podrán ser las siguientes: cuando a los seis meses un chamo no reaccione cuando se le llama ni dirija la mirada hacia un ruido, ni tampoco balbucee; o emita sílabas como ba, ba, ba; a los dieciocho meses no comprenda frases cortas ni órdenes; a los dos años no sea capaz de utilizar una palabra que sirva para sustituir una frase, como “pelota” por “toma la pelota”; a los cinco años no comprenda un relato ni sea capaz de narrar o de describir.

En general, cuando el chamo muestra desinterés por comunicarse, se aísla o su lenguaje después de los tres años es poco comprensible, hay motivos para solicitar ayuda especializada que permita identificar la clase de trastorno y asistir al niño de manera adecuada antes de que esa dificultad se convierta en un gran problema.

Los papás deben saber que los chamos en cada edad son capaces de manifestar avances en su lenguaje hasta los seis años, momento en que podrán comunicarse con relativo acierto, mientras que a los doce lo harán como un adulto. Si de acuerdo a la edad, el niño no muestra un avance que es oportuno para su desarrollo, es bueno consultar a un especialista que dirá qué hacer o a quién acudir para superar el trastorno antes que se sea una dificultad mucho mayor.

Índice

Presentación	9
Nota editorial	11
Primera parte:	
Adquisición del lenguaje infantil	13
1. ¿Por qué los bebés lloran?	15
Importancia del llanto	15
¿Cómo reconocer el llanto?	15
Las causas más comunes del llanto	16
¿Cómo calmar el llanto del niño?	17
El sabio instinto materno	17
2. Hablando con mi bebé	19
3. El blablablá de los bebés.....	23
Uno, dos y tres.....	23
¿Cómo estimular al bebé?	24
¿Cuán bueno es estimular al bebé?	25
4. Antes de la primera palabra	27
Etapas previas a la primera palabra	28
Estableciendo tres contactos con el bebé en sus primeros meses de vida	28

5. Después de la primera palabra	31
Pasos importantes después de la primera palabra	32
6. De los siete a los doce meses de vida	35
¿Por qué los padres deben conocer sobre el desarrollo del lenguaje de sus hijos?	35
El lenguaje de los pequeños de siete a doce meses	35
Tipos de balbuceos a esta edad	36
Algunas posibles causas de problemas del desarrollo del lenguaje	37
7. Entre los dos y tres años de edad.....	39
8. Trencitos de palabras	43
¿Qué clase de palabras dicen los chamos?	43
¿Cómo estimular al niño a que hable más?	44
Importancia de la etapa escolar	44
9. Un sol que alumbra nuestro hogar	45
10. Conversando con el consentimiento del hogar.....	49
Segunda parte:	
Habilidad de narrar de niños en edad escolar	53
1. Cuéntame qué te pasó	55
Narración vivencial.....	55
Narración tradicional.....	56
¿Cómo lograr que el lenguaje de los chamos aumente?	57
2. Los niños y sus cuentos	59
Narrar las experiencias del día	59
Narración y lenguaje infantil	60

Tercera parte:

El proceso de la enseñanza y del aprendizaje de la lectura	63
1. La lectura comienza en el hogar	65
Leer comienza desde temprana edad.....	65
Factores que repercuten en el éxito de la lectura	65
Lo mejor que le puedo dar a mi hijo: un buen libro	66
2. ¡Qué bueno es leer!.....	69
3. Leer es como hablar	73
¿Qué es leer?	73
¿Cuándo se inicia la lectura?	73
¿Cuán importante es el ejemplo?	74
Libros: cajas de sorpresas	75
Consejos para motivar a los chamos a leer	75
4. Epitafios, palabras y milagros	77

Cuarta parte:

Problemas del desarrollo del lenguaje que influyen en el aprendizaje de los niños	79
1. Cuando aprender se hace cuesta arriba	81
Dificultad a la hora de aprender: causa y remedio	81
Algunos trastornos que alertan del problema.....	82
Una alternativa: terapia sistémica	83
2. Cuando les bailan las letras a los chamos	85
Un trastorno con una causa poco clara.....	85
¿Cómo detectar que mi niño es disléxico?	85
Secuelas de la dislexia	86
¿Se puede superar la dislexia?	86
¿Cómo actuar?.....	87

3. Cuando falla el lenguaje.....	89
Alteración en la comprensión del lenguaje	89
Habla reiterativa	90
Parámetros para diagnosticar la afasia	90
¿Qué hacer con un chamo afásico?	91
 4. Actitudes negativas delante de los niños	 93
 5. Un niño abusado...	 97
¿Qué es el maltrato infantil?	97
Maltrato físico y emocional	97
Cuando la disciplina se convierte en maltrato	98
 6. Padres de hijos adolescentes	 101
Una prueba de fuego para los padres.....	101
Salir airoso en el intento	102
Ser independiente es la meta	103
 7. Lenguaje infantil: un largo camino por recorrer	 105
Tratando de pronunciar bien	105
Conociendo y empleando más palabras	106
Motivos para preocuparse	107

Edición digital
noviembre de 2017
Caracas, Venezuela



Lenguaje infantil es una guía útil para padres y madres, representantes, responsables y maestros, en el amplio sentido de este término, que se preocupan por los procesos de aprendizaje oral y lecto-escritor de sus hijos durante sus primeros años de vida. Temas, que van desde el desarrollo del lenguaje hasta factores que pueden perturbar el proceso de desarrollo cognoscitivo de niños y niñas, son tratados de forma directa y fresca por la autora. Dividido en cuatro ejes temáticos, este texto nos ayuda con herramientas concretas en el proceso de formación intelectual y emocional de niños y niñas.



ISABEL RIVERO DE ARMAS

Licenciada en Letras por la Universidad Central de Venezuela. Profesora universitaria en las áreas de Lenguaje y Comunicación e Inglés como Lengua Extranjera. Articulista de opinión del diario *Últimas Noticias*, de los diarios *La Calle* y *Vea*, de la revista *Fascinación* del diario *2001* y del impreso *La Voz*. Ha publicado en la revista *Question* de *Le Monde Diplomatique*, en los magazines *Debate Abierto* y *Política Exterior* del Instituto de Altos Estudios Pedro Gual, así como también en la página web *Aporrea.com*.



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura



1817 - 2017
ZAMORA
UNIÓN CÍVICO MILITAR